

*Lassalle*  
ANUARIO DE LA REVISTA DE LA

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 5 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,000.

## SUMARIO.

La instrucción obligatoria en Francia; grabados. — Estética. — Sucesos de Argelia; grabado. — Revista de

Paris. — Poesía: Una aurora sobre el mar. — Cuestión del «Alabama»; Memorandum de Inglaterra. — El conde de Paris; grabado. — La condesa de Paris; grabado. — Bernabé Rudge; novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — República Argentina; grabados. —

Dirección de los globos: La «nacelle» del globo de M. Dupuy de Lôme; grabado. — ¿Qué hará de ello? — Los arquitectos Duban y Vaudoyer, miembros del Instituto de Francia; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado.



LA INSTRUCCION PRIMARIA EN FRANCIA. — Muchachos del departamento del Jura, dirigiéndose á la escuela.

### La instrucción obligatoria en Francia.

UNA ESCUELA PRIMARIA EN EL DEPARTAMENTO DEL ALTO JURA

Echemos una mirada á nuestra lámina. Un cuarto pobre, de paredes blancas: á la derecha un tambor, á la izquierda una bandera, en el fondo una cama y en medio una estufa, dos mesas y algunos bancos. Ese cuarto sirve á la vez de dormitorio, de cocina, de sala municipal y de escuela de niños y de niñas, la escena pasa en *Quoisrette*, en el Jura. Los actores son estos: cinco ó seis chiquillos y otras tantas chiquillas que entran cada uno con un leño debajo del brazo, y un hombre de aspecto grave y resignado, que es el maestro. Seguramente, si alguno necesita resignación es el maestro de *Quoisrette*. No es mas que adjunto, y adjunto de escuela de aldea, lo que hace que su sueldo, que fija el prefecto previo informe del consejo municipal y del consejo departamental, es miserable en extremo. El institutor comunal mejor retribuido en la mayor parte de los pueblos, no cobra mas de 700 francos anuales, comprendiéndolo todo hasta la retribucion escolar. Los institutores adjuntos de primera clase tienen 500 fr. y los de segunda 400. Por este sueldo enseñan á los chicos lectura, escritura, elementos de lengua francesa, sistema de pesas y medidas, aritmética práctica, elementos de historia y de geografía, etc., etc. No le sale caro al gobierno. Un criado de una buena casa gana mucho mas.

Es verdad que la instrucción no ha sido el primer cuidado de los gobiernos que se han sucedido en Francia hasta hoy. ¿Habrá enmienda en este punto? Queremos creerlo; pero por mucho que se haga, han de pasar muchos años antes de que la Francia se ponga al nivel de la América, la Suiza y la Dinamarca, donde es obligatorio, de siete á catorce años, el ir á la escuela. Así sucede que en este país los institutores son numerosos y están bien pagados. En 1867, la proporción de los chicos de esa edad, que no frecuentaban ninguna escuela, era de 0,77 por 100. La obligación es el todo.

Desgraciadamente, si cuenta en Francia muchos partidarios, tiene tambien muchos enemigos. No la quisieron el gobierno de la Restauración, ni el de Julio, ni la ha querido tampoco el segundo imperio. Se comprende perfectamente: el imperio lo que queria es que el sufragio universal hablara á su gusto. Por esto cuando llegaron las peticiones de la Alsacia en favor de la instrucción obligatoria, el Senado, cuerpo conservador y amante de la santa ignorancia, se apresuró á rechazarlas; así como de la otra Cámara, el gobierno por órgano de M. Genteur, su comisario, decía:

«No nos pidais nunca la instrucción obligatoria, porque no está en nuestras costumbres... Se supone que ha dado buenos resultados en América, en Suiza, en Prusia... Esto es ponernos debajo de la Prusia... Dejémoslos de sueños.»

Así habló M. Genteur y se dejaron los sueños, después de haberse reído un rato. M. Duruy se cansó de empeñarse. Se ha necesitado la guerra y la revolución del 4 de setiembre para que quedara bien demostrado que la ignorancia tenia la culpa de la inferioridad de la Francia, para que la cuestión saliese otra vez á luz, como una cuestión capital, de vida ó muerte.

En una obra que acaba de publicar M. Amadeo Guillemin, bien conocido por sus trabajos de ciencia popular, consta que de cien personas en Francia hay cuarenta y dos, por término medio, que no saben leer ni escribir. A este número hay que agregar las personas que con gran dificultad trazan una letra, lo cual eleva los ignorantes á 60 por 100, cuando menos, hecho que pone bien en evidencia la necesidad de la instrucción obligatoria. Con efecto, no se puede dejar á la buena voluntad de las gentes el cuidado de su propia instrucción, estando demostrado en todas las naciones, que en ninguna parte se ha extirpado la ignorancia sin un enérgico esfuerzo de la sociedad.

Pocas personas pusieron en duda esta necesidad á la conclusión de la guerra; pero conforme pasa tiempo se retrocede. El interés del país cede el puesto al interés de partido; y no á todos los partidos les conviene que la instrucción penetre en la masa. Así sucede que el proyecto de M. Jules Simon, sobre instrucción primaria, presentado en diciembre último, duerme todavía en el seno de una comisión hostil, y es muy de temer que salga de ella completamente modificado, esto es, dejando las cosas en el estado que han sienido siempre. C. P.

### Estética.

DE LA BELLEZA.

Indudablemente las ciencias, según de su marcha se desprende, ven un progreso en la simplicidad de sus principios; de ahí las teorías que con completo exclusivismo pretenden explicar un determinado orden de fenómenos, teorías que se formulan en el seno de to-

das ellas, siguiendo el impulso del sistema ó teoría predominante de la que las abarca á todas, la filosofía. Sin embargo, la fuerza que impulsa al hombre hacia la verdad es tal, que se encariña, por decirlo así, con la teoría que crea, y abrazado con ella pasa á mejor vida sin que el nacimiento de otras y su experiencia hayan logrado desvanecer lo que era tal vez una preocupación, una utopía. De aquí el exclusivismo con que luchan en el terreno científico, atacando mas que defendiéndose, esa multitud de teorías que pululan sobre todos los puntos predominantes del mundo de los conocimientos humanos. No negamos ciertamente que adelanta una ciencia cuando alcanza á desarrollar un sistema que abarca la mayor parte de sus fenómenos; pero no dejamos de comprender los funestos resultados que proporciona el parapetarse tras él sin dar ni siquiera oídos á otras ideas que nacen, á la experiencia que desengaña, á una nueva teoría, en fin, que complace mas á la razón. Si nos fijamos en semejante conducta, irregular según el tipo que nos hemos formado del hombre científico, encontraremos que muchas veces el hábito, casi siempre el amor propio, son sus móviles: el hábito vigorizando la teoría ó sistema que pudo aparecer en un principio débil, el amor propio no permitiendo retroceder en el camino andado.

Caro cuesta á la ciencia el mezquino punto de vista que escoge á veces el hombre para descubrir y señalar la verdad: loca y ridícula la inteligencia que pretenda hacer un patrimonio de ella; mañana será desprenderse un cuerpo, saltará á sus ojos una chispa que disipará cual humo sus teorías y creencias, su orgullo y vanidad. No le basta al hombre la terrible ironía con que le ha enseñado la naturaleza sus leyes, ver la luz que sobre la mente proyecta el choque de dos inteligencias en el mundo de las ideas; el hombre, hoy como ayer, se encierra dentro un sistema, fuera del cual todo son utopías y sofismas, quimeras, falsedad. Nunca, sin embargo, han estado los grandes genios tan cerca de ella que cuando con tenaz empeño han defendido sus teorías contra los defectos que les han señalado los demás. La preocupación, pues, en favor de un determinado sistema ó teoría, es una fuente de errores, tal vez el dique mas fuerte, que las ciencias vencen en su majestuosa marcha hacia la verdad. La estética, por no tener su esfera de acción en el pacífico campo de las artes, ha permanecido extraña á esa vida activa de la discusión, engendrada por la diversidad de opiniones, teorías y sistemas que crea el hombre en su existencia intelectual.

Tres son las grandes ciencias que se presentan en el contenido de la filosofía ideal: lógica, ética y estética, como tres son las primordiales manifestaciones de la vida intelectual: conocer, querer y formar, que corresponden á las tres aptitudes ó facultades del alma: entendimiento, voluntad, imaginación. El hombre, sin embargo, percibe la gran unidad que existe en la verdad, en la ciencia y en su alma, como entreve la gran síntesis, el eterno principio, Dios. Tiene, no obstante, que dividir, aplicar el análisis para mejor abarcar, quizá sin duda por la limitada esfera de acción que concede el cuerpo al espíritu que lo anima.

La estética es la ciencia de las artes. Estas tienen por objeto transformar la idea en imagen, el mundo subjetivo en objetivo, producir para la contemplación; de ahí que se les ha llamado una segunda creación del mundo. Su fin es la belleza.

¿Qué es belleza? La belleza es sin duda una de las palabras que en mas grata actividad ponen á nuestra alma. Ningun oído permanece torpe á la acción de la música, como la vista no es indiferente ante una gran creación de la pintura. No notamos, sin embargo, tal conformidad cuando tratamos de aplicar dicha palabra á un objeto determinado. Entonces se levanta una nube de opiniones, diversas y opuestas entre sí, se formulan teorías y crece la oscuridad acerca de su naturaleza y comprensión. Y es que es uno de los conceptos mas complejos que se ofrecen á nuestra inteligencia en sus investigaciones.

Por otra parte, la pneumatología no se presta, ni apoya, según su estado, á nuestra alma en su vuelo hacia el mundo ideal; la fisiología y la psicología no nos ofrecen una base sólida de que partir; la ley de unión entre el cuerpo y el alma forma aun el nudo gordiano de la ciencia; así es que el examen del alma en su vida íntima, el paso de la impresión á la sensación, de las ideas sencillas á las abstractas, se presenta siempre difícil y peligroso, desilusiona al alma en su noble aspiración hacia la verdad.

Veamos, sin embargo, las ideas que sobre la belleza poseía ya la antigua Grecia, patria del pensamiento allá en remotas edades y que tantos materiales legó á la inteligencia humana por su ejercicio, para el desarrollo de las ciencias que ella vió nacer.

Los nombres de Platon y Aristóteles han venido llenando por espacio de muchos siglos la historia de las bellas artes. El maestro, sin embargo, divinizándolas con la belleza, no alcanzó tan larga vida como su discípulo, humanizándolas; cuya opinión privó como tirana en el terreno de la estética.

Indudablemente la belleza fué uno de los temas predilectos del filósofo griego, la cual comprendió con toda la profundidad de su inteligencia, pintándola con toda la potencia de su imaginación. Era la belleza, en el alma de Platon, una cuerda que siempre vibraba; así es que sus obras vienen salpicadas de los mas preciosos pensamientos acerca de las artes y su esencia; pero donde principalmente habló de ella, ó mejor di-

cho cantóla, fué en sus magníficos diálogos *Primer Hippias*, *Fedro* y en el *Festín*.

Indignaban sin duda al gran filósofo los mezquinos conceptos que de ella habianse formado los sofistas cuando su primer cuidado fué destruirlos en el *Hippias Mayor*, desvanecidas las sombras que la empañaban, mostróla con toda su brillantez, cantóla en el *Fedro*, y con el sublime goce que en su alma despertó su contemplación, le dió el último toque, pronunció la última palabra cerca de ella en el *Festín*.

*Fedro* es el cuadro mas perfecto que presentarse pueda del genio de Platon en su juventud, y creemos que la obra se basta para atestiguar que fué la creación del primer periodo de su vida, sin que haga falta alguna el testimonio de sus contemporáneos para poderlo afirmar. Nada, quizá, marca con mas fundamento el periodo de la vida de un sér privilegiado, que sus obras; sin que nos contradigan algunos ejemplos de rara precocidad intelectual que han logrado encubrir la juventud con frio raciocinio, descubriéndola empero la falta de tiempo y madurez; y si en alguna ocasión la decrepitud física no logra apagar los bríos de la imaginación, de ello se encarga tambien la experiencia; una y otra trabajan casi siempre de consuno para amortiguarla. Las obras vienen, pues, selladas, no solo con las facultades de su autor, sino con el periodo de su vida, como en los grandes hechos de la humanidad viene impresa, no solo la sociedad que los llevó á cabo, sino la mano del tiempo que les dió cabida en su curso infinito. Fué, sin duda, *Fedro* la primera explosión del genio inmortal de la Grecia; es el noble consorcio de su inteligencia con su facultad creadora pintando la belleza, punto de unión entre el cielo y la tierra.

Platon hizo de la belleza un poema, pintando la síntesis del sentimiento, el amor; creó mundos, y su potente imaginación surcando el espacio contempló un cielo, la armonía eterna; sintiendo las bellas fruiciones, su alma comprendió el pasado, y no pudiendo circunscribirlo dentro del mezquino tiempo y espacio que nos rodea lo ensanchó en el infinito, remontándose hasta Dios; ráfaga de aquella belleza divina que en otro tiempo contempló nuestra alma, se separa de lo terrenal para volar en alas del genio á la vida de contemplación; reminiscencia sublime, la belleza es el grato sonido que hace vibrar todo nuestro espíritu que en dulce delirio goza el presente con el recuerdo de lo que fué y la esperanza de lo que será.

Frecuentes alegorías se mezclan en el desarrollo de este inmenso cuadro, á través de las cuales descubrense los mas grandes pensamientos del filósofo, quizá principios de una religión que andando los tiempos preocupó la mente y el corazón, preceptos de una moral que debia desarrollarse mas tarde, véense finalmente en el *Fedro* compendiados los óptimos frutos que rindió luego su genio inmortal.

No hizo Platon la belleza en absoluto, ni subjetiva ni objetiva, sino divina. Existe en los objetos una aptitud que despierta el recuerdo de la belleza que contempló nuestra alma en el pasado. Solo concedió, pues, á los objetos una aptitud y á nosotros un recuerdo que será tanto mas vivo cuanto logre la presencia del objeto ponernos en el sublime delirio en que permaneció un día nuestro espíritu contemplando las eternas esencias, lo bello, lo bueno y lo verdadero, el mismo Ser Supremo, la verdad, en fin, toda entera. Su teoría, pues, acerca la belleza, forma la esencia del idealismo, es ultra-ideal.

Y si de la belleza logró darnos Platon tan alta idea, nadie como él ha sabido explicar con tanta maestría, y bajo el punto de vista psicológico, su percepción.

La bondad y belleza quizá no sean mas que fases ó diversas manifestaciones de la verdad, cuyas tres esencias son los atributos, el mismo Ser Supremo, la verdad toda entera, dice Platon. Pues bien, de estas tres esencias, la belleza es la que mas brilla entre todas, dice el filósofo. Efectivamente: el juicio y sentimiento que surge en nuestro ser á la contemplación de un objeto bello, es rápido como instintivo; la aptitud estética del objeto se refleja en nosotros con la misma rapidez que un cuerpo ante un espejo.

Ver, juzgar, sentir y poseer son acciones entre las cuales no cabe el tiempo cuando contemplamos la belleza. Y este doble acto que se verifica en nuestra alma al percibirla, el hombre no ha podido menos que presentarlo al exterior, materializarlo bajo la misma forma, así es, que ante un objeto estético exclamamos ¡qué bello! expresando una existencia con admiración, forma que refleja la coexistencia instantánea del juicio y sentimiento en el mundo moral al percibir la belleza.

Además, entre el objeto bello y su espíritu se desarrolla una cierta fuerza de atracción, semejante á la que hace unir y asimilar dos cuerpos en el espacio. Nace al propio tiempo que el juicio y sentimiento cierto deseo de posesión, un afecto que impulsa á identificarnos, á asimilarlos el objeto bello. Nuestra alma parece salirse al exterior, como si se reflejase en los órganos terminales periféricos de nuestros sentidos, é inmóvil la cabeza, atento el oído y fija la vista, percibimos lo bello con completa abstracción de lo que nos rodea. Y este deseo tiene manifestaciones exactísimas al pasar al exterior; véase si no dos manos que se chocan á impulsos de un afecto íntimo; se estrechan, parece que quieren invadir el espacio que respectivamente ocupan, que quieren asimilarse, poseerse mutuamente.

Y como resultado de esta multiplicidad de actos

que en el alma humana se verifican al percibir lo bello, acompaña su contemplación un bienestar general, nuestra naturaleza se hace armónica, sentimos una felicidad íntima lo mismo que un bienestar sensible; pero no proveniente este de la manera como funciona el organismo de los sentidos instructivos de la belleza, vista y oído, sino de la aptitud estética del objeto, del juicio y sentimiento que en nosotros se desarrolla á su percepción, en una palabra, del efecto especial que en nuestra alma produce la contemplación de la belleza (1).

La belleza, este compuesto de idea y sentimiento, es uno de los conceptos mas completos que se ofrecen al examen de nuestra inteligencia, según hemos dicho al principio, y de ello dió una idea Platon al tratarla en su *Fedro*.

Una representación artística y que excite nuestro sentimiento estético no nos despierta en general una idea ó un afecto solamente, sino que nos sugiere una idea acompañada de un afecto, ó varias ideas y afectos á la vez. Así, por ejemplo, la *Venus de Médicis* nos inspira la inocencia y el pudor, la Virgen de la *Sacra Familia*, pintada por Rafael, nos da una idea del amor materno mas sublime, de la mas pura y angélica inocencia, realizada por la hermosura y humildad. Surgen, pues, rápidamente en nuestra alma ideas y afectos, que vienen á formar un conjunto indivisible, reciben unidad en nuestro espíritu bajo el sentimiento de la belleza. Pero estas ideas y afectos se despiertan en nuestro ser hiriendo la imaginación, poniéndola en actividad, creando. Cada idea, cada afecto que nos despierta la contemplación de una obra artística encuentra nuestro espíritu su justa explicación, su natural representación en la obra misma, lo cual responde al ideal que instantáneamente hemos formado al percibirla y abarcarla con todas nuestras facultades. Pensamos que colocados en el caso del artista hubiéramos realizado exactamente, bajo el mismo carácter y la misma expresión, las ideas y afectos que nos despierta la contemplación de su obra, y es que al percibirla, y á medida que nos vamos posesionando de ella,

(1) Con verdadero temor nos acercamos á examinar un juicio emitido por el señor Milá y Fontanals, sobre esta materia, y que aparece modificado, contrariado tal vez en nuestras últimas palabras. Tal es el respeto que nos infunde su autorizada voz, y que indudablemente hace que manifestemos con cierta desconfianza nuestra opinión opuesta á la suya, quizás por lo mal que hemos comprendido sus palabras.

Dice el señor Milá, tratando esta materia en su preciosa obrita *Principios de Estética*:

« Mas á este conocimiento, al de la belleza, precede un ejercicio de los sentidos cuya índole hemos de averiguar. Cuando percibimos un color ó un sonido de los que llamamos agradables, no sentimos un placer determinado, localizado, como cuando olemos, gustamos ó tocamos, y si tal placer existe, es tan poca su intensidad, que pasa sin que lo notemos. La impresión orgánica tan solo se distingue perfectamente cuando hay un desplacer marcado, como el producido por una luz intensa ó por un ruido estrepitoso, si bien un apreciador ejercitado creará ya notarla en el caso de colores chillones ó de sonidos destemplados. De todo lo cual se puede deducir que el placer físico producido por los colores ó sonidos llamados agradables, nace del ejercicio fácil de la actividad feliz de nuestros órganos visual y auditivo, y que esta actividad comunica un movimiento grato, un bienestar á toda nuestra naturaleza sensible. »

Para desprenderse del sentido general de estas palabras, y particularmente del último párrafo, que el goce de nuestra sensibilidad en la contemplación de la belleza es motivado por la pura función orgánica de los sentidos visual ó auditivo, y hé ahí el concepto que en nuestro sentir parece equivocado.

Cierto que cuando percibimos colores ó sonidos agradables no sentimos un placer determinado y localizado, aunque fisiológicamente no sea mas que una ilusión, como cuando gozamos por medio de los otros sentidos; pero esta diferencia no puede atribuirse al ejercicio fácil de los sentidos de la vista y oído, sino de las cualidades particulares de las sensaciones que á su impulso se verifican en nuestra alma.

Las sensaciones que en nuestro espíritu se desarrollan, motivadas por las impresiones del tacto, gusto y olfato, parecen ser mas materiales, y si placer producen, parece ser puramente físico, nuestra alma recibe la impresión, siente, pero no le comunica vida, no le hace entrever un mas allá. Por el contrario, las producidas por los órganos visual y auditivo despiertan su actividad, le transmiten vida, entra en su elemento, se eleva y aspira á un porvenir. Las unas prestan materiales, por decirlo así á la vida física, las otras á la vida moral: aquellas parecen decir al alma que le acompaña un cuerpo que simplemente goza; estas parecen indicar el cuerpo que tiene un alma que goza, pero creando. El placer físico, el bienestar sensible que despiertan proviene de lo íntimo; se desarrolla en todo el cuerpo por un movimiento centrifugo, y es general, mientras que el que se origina los demás sentidos es determinado, exclusivo de uno de ellos.

Creemos, pues, que todos los sentidos para producir placer deben ejercerse con facilidad, activarse felizmente, sin que, bajo el punto de vista orgánico, la vista y oído entren en una situación distinta de los demás para producir una sensación agradable, sino que lo que se observa en el placer estético reconoce como causa su misma naturaleza.

conmoviéndose nuestra alma, desarrolla ideas y sentimientos que permanecían como dormidos; pero bajo una noción perfecta, recibiendo su unidad, formándose un tipo ideal con el sentimiento estético. En vano lo sentiremos si la obra artística no excita nuestra aptitud, no responde á las ideas y afectos anteriormente adquiridos, y que surgen en nuestro espíritu bajo una idea de perfección, como idealizados.

Así se explica como un sentimiento delicado, una imaginación viva se posesiona mejor de una obra artística, siente mas lo bello, mientras que sin estas cualidades no es tanta la conmoción que sufre el alma ante un producto de las bellas artes. Así se comprende como hoy nos parece bello un objeto, y después de haber sufrido una transformación nuestro espíritu, no se nos presenta con tal cualidad, así se explica como haya diversos tipos de belleza en las mujeres, según el continente, por ejemplo, de que se trate. ¿Será acaso, como pretende Saint-Real, que esta última belleza es distinta de la general, y como él la llama *sin fundamento, vana y quimérica*, que solo se funda en caprichos de la imaginación y preocupaciones nacionales? No lo creemos así. Parte, en primer lugar, Saint-Real de un principio que no aceptamos como verdadero, y es que la belleza en general es la idea y amor del orden, siguiendo en parte la teoría de Sulzer.

El que pretenda explicar la belleza concretándola, esto es, haciéndola consistir en una idea determinada, parecemos que no está muy distante del error, puesto que la belleza se resiste á ser limitada bajo un concepto dado, pues es compleja, la forman una multiplicidad de ideas y afectos, como hemos dicho, que reciben unidad en nuestro espíritu bajo el sentimiento estético. Saint-Real, partiendo de esta base dijo que el color, por ejemplo, aplicado á las mujeres, nunca podía ser objeto de belleza, pues no nos excita ni la idea ni el amor del orden. No; para un europeo no podrá parecerle bello el color negro en el rostro de una mujer, porque no responde á ninguna idea de las que tiene formadas de una fisonomía femenina, ni le excita sentimiento alguno, ni le hiere la imaginación. ¿Acaso una obra artística basada en un asunto religioso logrará excitar el sentimiento estético á los partidarios de otra religión completamente opuesta? No, porque desde luego carecerán de la fe que indudablemente aumenta la belleza en las obras de este género, y ningún eco encontrarán en sus almas las ideas y afectos que el artifice háse propuesto despertar.

La belleza es, pues, compleja, dependiente de una multiplicidad de conceptos; así es que Platon dijo ya en su *Fedro* que no podíamos percibirla bien, no solo por nuestros groseros órganos, sino porque el alma ha perdido la noción de la justicia, de la sabiduría y de todos los bienes cuya brillantez ha desaparecido en este mundo.

No abandonaremos al filósofo griego en esta materia, sin antes anunciar la opinión de algunos de sus comentadores, errónea según nosotros, referente á lo que pensaba Platon de la poesía y de los que la cultivan.

No podemos comprender como se puede afirmar que Platon haya sido enemigo declarado de los poetas, y que haya anatematizado, como se ha querido suponer, la poesía. No creemos pueda basarse ningún argumento sólido respecto al verdadero significado de las palabras con que la ha definido, *delirio* (1), no solo por la cuestión del tiempo trascurrido, pues los nombres como las monedas, por ejemplo aunque vulgar, se desgastan con el uso, y por lo que varían su significación al ser trasladados á otras lenguas, sino porque aun ateniéndonos á la idea que ha querido comprenderse en el significado de tales palabras, cuadra perfectamente á los conceptos que Platon tenia respecto á la poesía y á la contemplación de la belleza, siendo un estado de *delirio*; pero en el sentido de inspiración y como obrando bajo una presión divina. Creemos que á todas las percepciones rápidas que tiene el alma humana les daba Platon el nombre de *delirio*; pero en un sentido que no es ciertamente el de desarreglo de facultades.

Dos cosas hemos podido apreciar y que creemos sobresalen en la mayor parte de los *diálogos* de Platon, aparte de su belleza de fondo, y es la naturalidad y la ironía terrible que emplea siempre contra los sofistas. Si Platon como filósofo sentía esa cólera implacable hacia los que presentaban el error con apariencias de verdad, como artista no podía menos de indignarse ante el monopolio, por decirlo así, que ejercían los rapsodas con las creaciones de los grandes poetas, aparentando una misma inspiración de segundo término, falsa, y que no provenía por lo tanto del *delirio*, esto es, de la comunicación directa con la divinidad.

(1) Es indudable que los nombres vienen teniendo distintas significaciones según los tiempos: no tenemos mas que fijarnos, por ejemplo, en la diferente significación que tiene hoy *barbaro* de la que los romanos le daban. Por lo demás Platon usa muchas veces la palabra *delirio*, pero en el sentido que le atribuimos; no en el que hoy día se emplea en nuestra lengua; así en diversos pasajes de su *Fedro* dice del *delirio* que proviene de los dioses y que da lugar á la poesía perfecta, la cual siempre sobrepujará á la que nace puramente del arte, á la de los sabios, á la que no es alimentada por una verdadera inspiración ó *delirio*.

Platon, con la inmensa mirada de su genio, veía la verdad, marchaba directamente á ella, abordaba de frente las cuestiones, destrozando cuanto á su paso se le oponía, así es que si en su *Ion* hubiese querido hacer el proceso á la poesía, no se hubiera presentado ante un rapsoda, falso representante de ella, sino que la hubiera personificado en uno de sus grandes sacerdotes, Homero por ejemplo, y frente á frente hubiera medido sus armas con el divino poeta y no con un pobre rapsoda á quien va venciendo si se quiere hasta con saña, aplastándolo luego con el ridículo mas espantoso que darse pueda.

Platon, en su *Ion*, no solo condenó al rapsoda, tipo de cuya existencia no sabe darse razón, ni la parte que toma en la obra poética considerando su intervención como ridícula y sin fundamento, sino que de rechazo hirió á la poesía que se hace eco de las pasiones, á la que no nace del delirio, esto es, del estado de nuestra alma, creando al recuerdo de las eternas esencias, verdad, bondad y belleza, sino que por el calor de los afectos impuros, de una imaginación pervertida y arrastrada, valiéndonos de la imagen del filósofo, por el corcel que, indómito siempre á la voz del cochero, no obedece al látigo, inclinándose al alma hacia lo terrenal. Así es que si en su *República* habló contra la poesía fué por el estado de su ánimo contrario á las artes de su tiempo, y principalmente á Eurípides que era víctima de las pasiones.

Cierto que en Platon se ve al filósofo y al artista, si bien rindiendo mas culto á la filosofía que á la poesía, cierto que en pugna una y otra hubiera sacrificado la última á la primera; pero no lo es menos que él que ha escrito *Fedro* dando un origen tan elevado á la belleza, esencia de las artes, él que hace sobrehumano el móvil de la poesía, él que dice que los poetas son los ministros del Dios y que son los órganos de la divinidad que nos hablan por su boca, él que afirma que los bellos poemas, si bien son humanos y hechos por la mano del hombre, son, sin embargo, divinos y obra de los dioses, y que los poetas no son mas que sus intérpretes, habrá querido indicar quizá el poco mérito que tiene el poeta en sus creaciones, pero jamás hacer un proceso al arte que cultiva.

La acción y reacción opera en los dos mundos, así en el físico como en el moral. Esta ley, que todo lo compensa creando la armonía del universo, guió á los mundos en sus primitivas evoluciones, como á la filosofía al dar sus primeros pasos en la sabia Grecia. Tras la potente imaginación del inmortal filósofo elevando su mente en el infinito para contemplar en toda su pureza las eternas esencias, la misma divinidad, apareció su discípulo abarcando con frio raciocinio el horizonte que nuestra vista contempla, el cuerpo que nuestro tacto domina, el mundo que nos rodea, lo terrenal. Para Platon la belleza era el pasado; para Aristóteles el presente; una mirada ardiente del espíritu brillaba en el maestro, la fria reflexión pintábase en las teorías del discípulo; el uno cantó las artes, el otro explicólas; aquel unió con su fuerza creadora ambos mundos, naciendo de este beso eterno del espíritu y materia la belleza, rasgo divino; este, con la claridad de su inteligencia, quiso que las artes fueran un inmenso cuadro en el cual se reflejase la naturaleza toda, sintiendo la fruición estética al comparar la imagen con el objeto que la motiva, la copia con el original.

Contempla la naturaleza, dijo Aristóteles al artista, imítala, y al ver tu obra acabada junto al objeto que te ha inspirado, gozarás. Hé ahí en síntesis el pensamiento de este filósofo sobre las artes y la belleza.

La teoría de Aristóteles no satisface tanto á la imaginación, quizá contenta mas á la inteligencia, aunque vemos en ella un fin práctico, y quizá á esto se debe el que no abarcase su sistema toda la esfera de las bellas artes. Con ella se comprende la pintura y la poesía, pero no se oye el grato sonido que hace vibrar allá en lo íntimo de nuestro ser una cuerda con cuyas armonías consolaron al hombre el genio de Bellini y de Mozart. Con todo, su inteligencia ha atravesado pueblos y naciones, siglos y edades, ha vivido con el tiempo, ha sido la misma verdad. Después de tantos siglos trascurridos tras su existencia, su nombre condujo de la mano á la filosofía, su yugo parecía eternizarse en la mente de los sabios, en las escuelas, y los romanos en lo antiguo, franceses é ingleses en los tiempos medios, amoldaron sus obras á las reglas que les legó el discípulo de Platon.

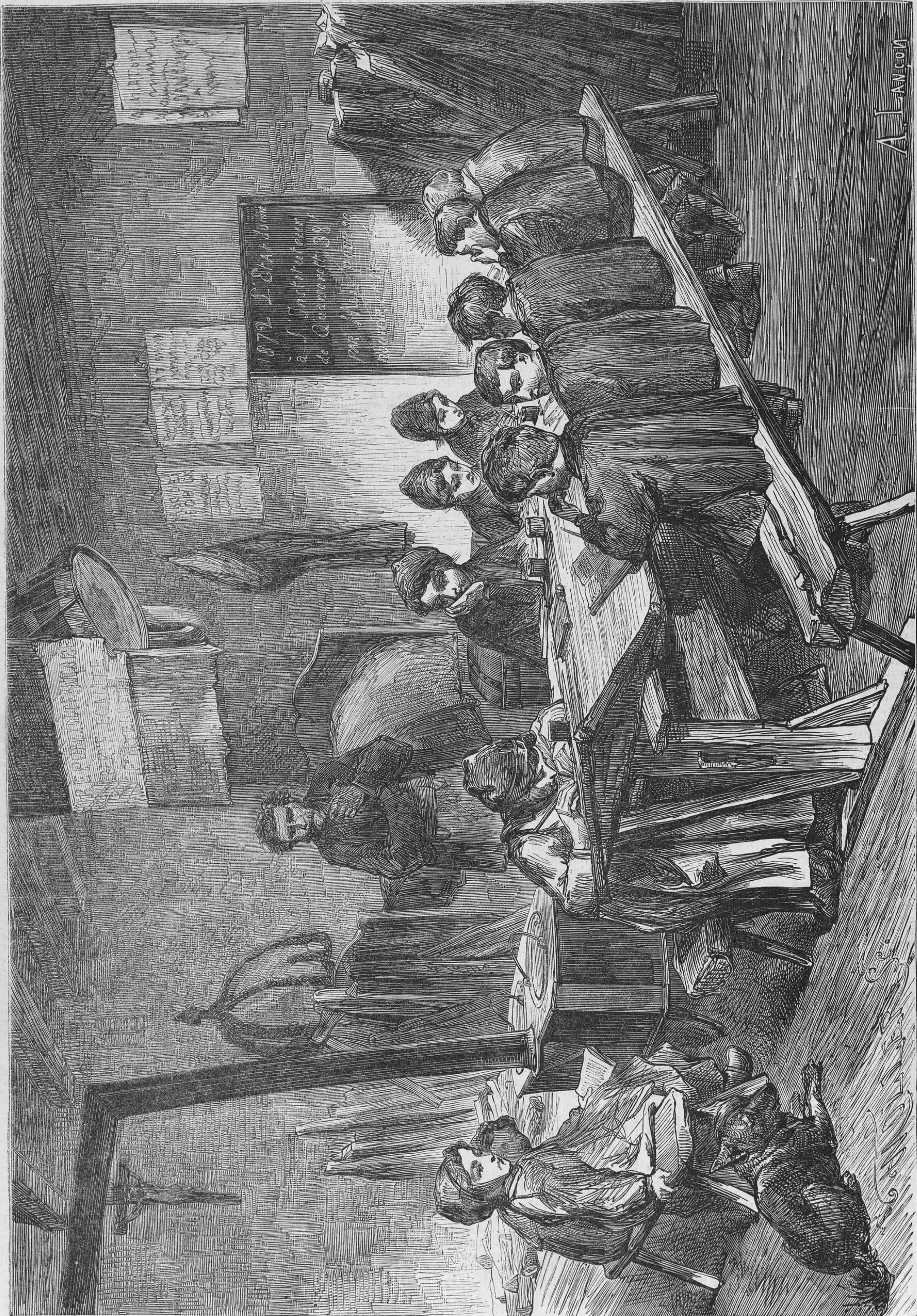
Tal es el concepto que de la belleza poseía la Grecia, desarrollado por sus dos inteligencias mas poderosas, y que tanto lustre diéronle en la antigüedad.

JUAN SUREDA.

### Sucesos de Argelia.

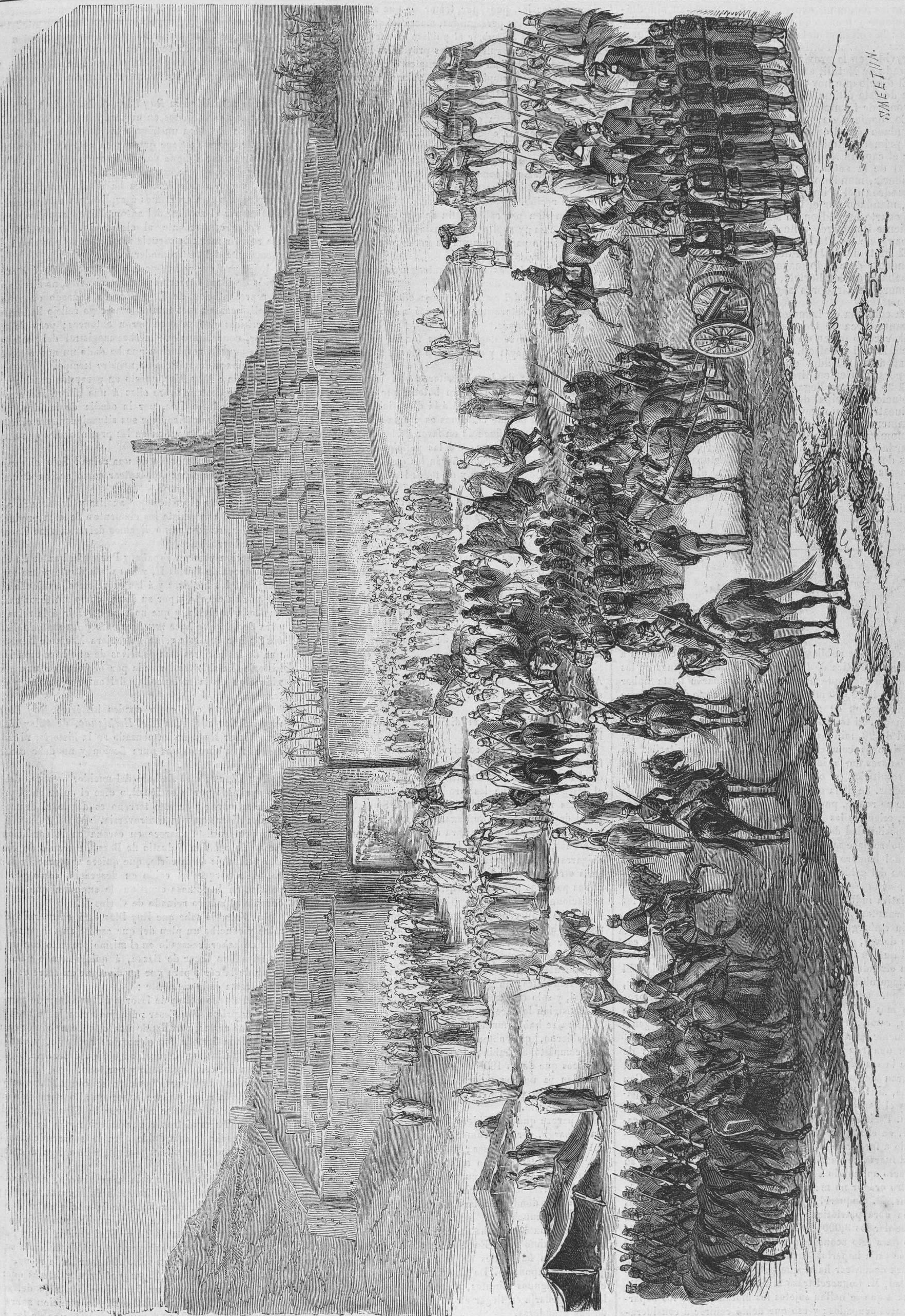
ENTRADA DE LA COLUMNA EXPEDICIONARIA DE LAMMERZ EN GHARDAIA (MZAB).

Las noticias de Argelia continúan siendo satisfactorias. En las tres provincias africanas que dominan los franceses, la calma se restablece prontamente y la reorganización estaba casi terminada por todas partes á fines de enero.



A. LAFONT

LA INSTRUCCION PRIMARIA EN FRANCIA. — Una escuela primaria en el departamento del alto Jura.



SUCESOS DE ARGELIA. — La columna expedicionaria de Lammerz entrando en Ghardaia (Mzab) el 24 de enero de 1872.

Varias columnas expedicionarias operaban simultáneamente y todas con buen éxito en las tres provincias: la columna del general de Lacroix, en la provincia de Constantina; la columna movilizada de Geryville, en la provincia de Oran, y la columna movilizada de Metlili, en la provincia de Argel.

El dibujo que hoy publicamos es referente á la marcha de esta última columna, mandada por el teniente coronel de Lammerz, del 42º de línea.

Componiase de un destacamento del 50º de línea, mandado por el capitán Fontaine; del tercer batallón del primer regimiento de tiradores argelinos, mandado por el capitán Moullé; de la tercera sección (de montaña) de la séptima batería del tercer regimiento de artillería, mandado por el alférez Jolibois; del sexto escuadrón del primer regimiento de cazadores de Francia, mandado por el teniente Surirey; de una división del cuarto escuadrón de spahis, mandado por el subteniente Domengé, y finalmente, de un *goum* de los Arbaa y de los Ulad-Nail.

El subteniente Juhel del primero de spahis, era comandante de estado mayor de la columna que acompañaba el doctor Bertelé, médico de primera clase del primero de tiradores argelinos, autor de nuestro dibujo.

La columna de Lammerz, después de haber operado durante cerca de tres meses en el país de los Ulad-Nail, recibió orden de recorrer el Mzab y de dirigirse hacia Metlili y Coleah, á fin de cerrar el camino del Touat á los rebeldes que quisieran refugiarse allí, y de perseguirlos en dirección á Golea.

El 24 de enero llegaba pues, al frente de Ghardaia, población principal de la confederación de Ulad-Mzab.

Nuestro dibujo representa al teniente coronel de Lammerz recibiendo á los djemas del Uad-Mzab, en el momento en que la columna se dispone á atravesar Ghardaia. Todos los habitantes se agrupan en las tapias del recinto. Por una de las aberturas de la puerta asoma la cabeza de un pregonero, dispuesto á hacer su oficio, y entre tanto un tan-tan de negros, una derdeba hace resonar los aires con sus discordantes sonidos.

C. P.

### Revista de Paris.

Se acaba de publicar la primera lista de suscripciones á la obra patriótica de la expulsión de los alemanes de los departamentos que aun ocupan y ocuparán hasta haber recibido los 3,000 millones de francos, resto de la enorme indemnización de guerra exigida por el emperador de Alemania. El total de esta primera lista pasa de la cantidad de 20 millones, comprendiendo en esta suma las suscripciones condicionales. No debemos ocultarlo: los iniciadores de la idea trabajan cuanto es posible; pero los resultados no corresponden completamente á sus esperanzas. Se diría que ante la enormidad de la suma, la gente se retrae, porque se desconfía del resultado. Ahora bien, mientras las masas no tomen parte en la obra no hay posibilidad de alcanzar un fin satisfactorio: el sueldo del pobre hace mas millones que el billete de 4,000 francos del hombre acomodado y pudiente. Además falta la acción del gobierno, que parece desinteresarse de la cuestión, aunque no por eso ponga trabas, y en Francia la iniciativa individual necesita siempre la dirección de los gobernantes.

Sin embargo, como hemos dicho, no se desmaya. Muy lejos de eso, se provoca la suscripción lo mismo en la capital que en las provincias, y no se pasa día sin que lleguen ofrendas y compromisos por gruesas cantidades. El domingo último hubo una reunión en los Campos Eliseos, á la que acudió una inmensa muchedumbre, y que produjo mas de 60,000 francos, sin contar las ofrendas de joyas, como sortijas, pendientes, cadenas, etc., que generosamente entregaron las señoras.

En una reunión de esta especie no podía menos de oírse la voz tan elocuente como inspirada de M. Legouvé, el gran defensor de Paris en todas las ocasiones. Con efecto, M. Legouvé dijo que Paris tiene á honra el propagar y el hacer fecunda la iniciativa de las señoras de Alsacia. Paris que ha conquistado dos veces su título de capital, en el primer sitio á fuerza de virtudes, y en el segundo á fuerza de sufrimientos, querrá conquistarla otra vez á fuerza de sacrificios. Tal fué la idea capital de su discurso aplaudido con entusiasmo.

Otro orador no menos escuchado en las reuniones públicas, M. Coquerel, hizo tambien los debidos encomios de la obra patriótica. M. Coquerel cree que la Francia puede dar los 3,000 millones, y tiene fe en que los dará; pero para esto aconseja que no se pida, sino que se exija, que se exija imperiosamente en todas partes y á todos.

Para demostrar hasta qué punto es apremiante esta necesidad, M. Coquerel trazó el triste cuadro de las penalidades á que se hallan sujetos los moradores de los departamentos ocupados; y eso que debió ceñirse á considera-

ciones generales, pues por temor de que su indignación recayera sobre los perseguidos, manifestó que debía callar los hechos y no descubrir al público las afrentas y las humillaciones que se sufren en las provincias invadidas.

La emoción llegó al colmo y cuatro ó cinco mil personas prometieron emplearse con ahinco en fomentar la suscripción para que tales penalidades tengan un pronto término.

Las señoras toman en esta obra un papel principal, y en Paris se forman comités en diferentes barrios para organizar peticiones á domicilio.

Una vez reunidas en comité se ocupan en reclutar adhesiones entre sus conocimientos y recogen en las casas las suscripciones ó las promesas de suscripciones, dando siempre recibo.

Se reparten por calles á fin de que no quede olvidada ninguna casa; y suplican con instancia á todo jefe de establecimiento para que suscriba por sí, por sus empleados y por sus sirvientes.

Todos los objetos que se entregan como ofrendas se venden á beneficio de la obra.

En el centro del comité hay una oficina en permanencia en horas determinadas, para los que quieran llevar allí sus suscripciones.

Cada semana se depositan los fondos en el Banco de Francia, y las joyas y medallas se llevan á la Casa de la Moneda.

Los nombres de los suscritores y el importe de sus ofrendas se imprimen en un boletín que se distribuye á las señoras del comité y está á la disposición del público.

La estación en que entramos es propia para que las señoras ejerzan su influencia en favor de las suscripciones.

Estamos en cuaresma, y á las peticiones á domicilio, como hemos dicho, acompañarán las que se hagan en las iglesias, en los conventos y en todos los lugares de diversiones públicas.

Nada mas noble é imponente que el espectáculo de las señoras de Francia ocupándose en recoger ofrendas para el rescate de la patria. Desgraciadamente, como hemos dicho, el gobierno no contribuye al movimiento con su poderosa y siempre eficaz protección, y por consiguiente es muy de temer que el resultado final no sea el que desean todos los buenos patriotas.

Si Paris este invierno carece de grandes fiestas, en cambio las soirées en reunión íntima y los banquetes están muy en boga.

Las recepciones del duque de Aumale son cada semana mas brillantes.

En la presidencia se dan tambien comidas ostentosas. A propósito de estas fiestas de la prefectura de Versalles, se atribuye á M. Thiers la intención de recibir de una vez á los 750 diputados.

Aun no se ha fijado el día de la reunión; pero ya se habla del programa.

Parece que será un concierto y nada mas, con los refrescos de costumbre en las soirées de la clase acomodada. Por desgracia esta sencillez republicana no encuentra el mismo favor que las prodigalidades imperiales. Las crónicas no se ocupan de tales fiestas. Si se tratara del Hotel de Villa cuando se engalanaba con plantas exóticas y tenia las mesas puestas para cuantos quisieran acercarse á ellas, y circulaba por los salones una muchedumbre abigarrada con los uniformes, las cruces y las placas, eso sería otra cosa. ¡Un-té en la presidencia! Solo los noticieros políticos pueden encontrar interés en oír las conversaciones.

En esta indiferencia hay quizás un sentimiento de animosidad hacia Versalles. Nunca como ahora habria podido decir el ilustre Lamartine que Paris se aburre. Sí, Paris no se encuentra á su gusto sin los esplendores gubernamentales, que sean del imperio, de la monarquía ó de la República. No cede tan fácilmente sus derechos de capital, y solo el pensamiento de que atraviesa un período de transición le hace su situación llevadera.

Ahora se habla mucho de una proposición presentada al gobierno, que obtendría seguramente el beneplácito mas completo. Se habla del restablecimiento de los juegos públicos que desde 1836 se hallan suprimidos.

Baden ya no los quiere, Homburgo es cada día mas inhospitalaria, y la ruleta ofrece trasladarse á Francia con todo su séquito.

No parece que M. Thiers haya prometido nada; pero sin embargo, corre el rumor de que quizás se alcance la autorización que se desea; y se fundan los que piensan así, en que sería mucho mas moral tener casas abiertas vigiladas por la policía, cuando está probado que, no obstante la persecución, Paris se halla plagado de garitos clandestinos donde se roba á mansalva á los incautos, que son siempre muchos.

Por el pronto no se habla de Paris; pero sí de un punto muy próximo como Enghien, noticia que ha sido recibida por los habitantes de la localidad con el alborozo que puede suponerse. De Enghien á la capital la distancia es de algunos minutos, y una vez instalada allí, la ruleta no tardaría en llegar al Palacio Real, antiguo teatro de sus grandezas.

¿Necesita Paris, con efecto, preguntamos nosotros, el aliciente de los juegos públicos para llamar gente? Creemos que no: Paris tiene sus atractivos que resisten á todos los trastornos, á todas las conmociones.

Uno de ellos, y muy principal, es el de sus teatros, donde hay siempre alguna representación que interesa sobremanera.

En la actualidad es *Ruy Blas*, el drama de Victor Hugo que, como anunciamos en nuestra última revista, ha obtenido en el Odeon un triunfo extraordinario, debiéndose advertir que nada tiene que ver en este éxito la política. Es circunstancia digna de señalarse en estos días.

*Ruy Blas*, que se estrenó en Paris allá por los años de 1838, y que desde entonces ha estado prohibido por la censura, sin que acertemos á explicarnos esta prohibición sino es por el nombre del autor, dió en aquellos tiempos un golpe contundente al clasicismo. Ya no fué posible resistir mas: la escuela romántica se posesionó completamente del teatro moderno.

Lejos ya de aquella época y perteneciendo á otra imbuída de ideas literarias menos exclusivas, no diremos que la representación de *Ruy Blas* ha causado en nosotros aquellas sensaciones tumultuosas cuyo reflejo hallamos en las críticas que se escribieron entonces; pero de todos modos, concebimos que la obra magistral del poeta, produjera aquella revolución que ha dado un nuevo ser á las concepciones dramáticas de nuestro tiempo.

Mas aun: *Ruy Blas*, puesto en parangón con las piezas del día, se destaca sobre ellas á una altura inconmensurable por todos estilos, por la osadía de la idea, por el sentimiento dramático, por sus situaciones, por el lenguaje que no se habla ya, ni en las producciones que mas aspiran al lirismo.

¡Un lacayo enamorado de una reina! Solo el genio de Victor Hugo es capaz de plantear como acción dramática semejante pensamiento.

Seguramente el crítico que analiza y desmenuza con la frialdad del anatomista los elementos de esta producción dramática, encuentra no digamos defectos, sino imperdables aberraciones.

La acción pasa en España. ¿Por qué el autor ha elegido la época de Carlos II, y nos pinta á este pobre rey entregado á los hechizos y á los exorcismos, temiendo siempre por su cuerpo y por su alma, como un feroz cazador que todo lo olvida, y que no sabe escribir á la reina sino para decirle que hace *mucho viento y ha matado diez lobos*? ¿Por qué esta reina extranjera María de Neubourg, una de las mujeres mas positivas de que hace mención la historia, ha sido trasformada por el poeta en una personificación de la melancolía, del amor platónico y de la ternura?

Es evidente que como cuadro histórico *Ruy Blas* es muy inferior al *Carlos II el Hechizado*, de Gil y Zárate; pero Victor Hugo no ha pensado en la historia, ni mucho menos: su obra es una pura ficción y no debe considerarse de otro modo.

*Ruy Blas* es « el símbolo del pueblo, esto es, del genio oprimido por la sociedad, » dice el autor en el prólogo de su obra; y en este terreno es donde el drama admite la discusión y la controversia.

El protagonista aparece en escena en la condición de lacayo de un don Salustio de Bazan, marqués de Finlas, alto personaje de la corte, que quiere vengarse de la reina, tanto porque ha caído en desgracia, como por idea política en la famosa cuestión de sucesión que se agitó durante el mísero reinado de Carlos II.

Don Salustio sabe que *Ruy Blas* está enamorado de la reina y concibe un plan del que espera su venganza, después de haber fracasado en el mismo proyecto con un primo suyo Don Cesar de Bazan, á quien manda prender y alejar de la corte para que no divulgue su secreto.

La trama es la siguiente:

Don Salustio colma de favores á *Ruy Blas* y le presenta como su primo Don Cesar; aunque antes le ha hecho escribir dos cartas, una dando una cita á una mujer en una casa aislada firmada con el nombre supuesto, y otra que firma *Ruy Blas*, en la cual se obliga á servirle siempre como un fiel criado en todo y por todo.

*Ruy Blas* en su nueva posición se conquista pronto las gracias de la reina y viene á ser un alto personaje en el Estado, que se propone regenerar la España enviando á galeras á los ministros concusionarios que la devoran; pero en medio de esta doble obra le sorprende don Salustio, de vuelta de un largo viaje, y le obliga á cumplir sus órdenes.

*Ruy Blas* debe acudir á la casa aislada, en donde se presenta la reina, porque ha recibido la carta firmada por don Cesar; y allí, á las doce de la noche entra don Salustio y amenaza á María de Neubourg con la deshonra. Pero no logra su intento: *Ruy Blas* asesina á don Salustio, y después se envenena porque está descubierta su baja condición, y queda en salvo el honor de la reina.

Este acto se titula *el Tigre y el león*, y hemos querido trazar en cuatro líneas un ligerísimo bosquejo del argumento para llamar principalmente la atención sobre esa situación final, que es, á nuestro juicio, una de las con-

repercusiones dramáticas más grandiosas que cuenta el teatro antiguo y moderno.

Lafontaine hace el difícil papel de protagonista con una emoción contenida, que comunica al público desde las primeras escenas en que expone su vil condición, obstáculo invencible para el amor que le devora, hasta el desenlace cuando descubriendo en toda su magnitud la horrible perfidia de don Salustio, sacrifica su vida, ya sin objeto una vez que el duque de Olmedo ha desaparecido y queda en su lugar el degradado lacayo.

Geffroy ha sabido personificar admirablemente el don Salustio, esto es, « el orgullo del demonio bajo la fiereza del marqués, el bronce con capa de oro; un personaje cortés, formal, contenido, sóbriamente burlon, frío, ilustrado, hombre de mundo con destellos infernales. » Así le pinta Víctor Hugo.

Melingue representa á don César de Bazan con su desenvoltura característica. Melingue es, por excelencia, el actor de la comedia de capa y espada; nadie sabe como él tomar el disfraz del aventurero recalcitrante capaz de todo, aficionado á las contiendas que se acaban con duelos, indiferente ante el porvenir, un tanto rapaz cuando la necesidad apremia; pero en el fondo hombre honrado, que por todo el oro del mundo no cometerá una villanía. Sarah Bernhard es la reina del poeta, ya que no de la historia. Después que ha interesado con su melancolía, conmueve profundamente con su pasión, conservando siempre la más suave expresión en todas las manifestaciones de sus sentimientos.

Los demás actores contribuyeron á la perfecta ejecución de la obra, distinguiéndose principalmente Talien (don Guritan), que es un cortesano modelo.

Finalmente, la empresa, que tenía, y con razón, los mejores presentimientos sobre el éxito, ha puesto en escena el *Ruy Blas*, con un lujo y un cuidado histórico en las decoraciones, muebles y demás accesorios, que merece nuestras felicitaciones más completas.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### UNA AURORA SOBRE EL MAR.

¡Ya desaparece la sombría noche!  
 ¡Ya brilla en el Oriente purpurino  
 Banda fulgúrea de esplendor divino  
 Que el corazón inunda de placer!  
 Ya las estrellas rándas se alejaron,  
 Y su fulgor la luna encantadora  
 No lanza ya, porque la bella aurora  
 Ostenta su luciente rosicler.

¡Vista sublime, grande, portentosa!  
 ¡Ah, cuánto se deleita el alma mía  
 Al escuchar los cantos de alegría  
 Que allá en la playa entona el colorín,  
 Y oír del mar los estruendos ecos,  
 Y el apacible y perfumado ambiente  
 Que muge en el velamen suavemente  
 De este velero y fuerte bergantín!

¡Cuadro admirable! Escena majestuosa  
 Es al brillar el alba matutina,  
 Que el mar y el cielo fúlgida ilumina  
 Con su encendido y nítido arrebol;  
 Por eso á Dios, al verla, el navegante  
 Eleva una plegaria tierna y pura...  
 ¡Porque es grandioso tras la noche oscura  
 Ver asomar en el Oriente el sol!

¡El sol, el sol! Cual meteoro de fuego  
 Brilla entre nubes de carmin y oro,  
 Oid; oid el cántico sonoro  
 Que á su salida exhala el querubín.  
 Y ved como sus rayos refulgentes  
 Rielan en las ondas espumantes,  
 Formando en ellas fúlgidos cambiantes  
 Como en el rico arnés del paladín.

¡Hora de encanto, en que la fresca rosa  
 Al ver desaparecer la negra noche,

Abre á la aurora su carmineo broche  
 Despidiendo fragancia de azahar;  
 Hora en que todo es grande é incomparable,  
 Hora en que el alma leda y arrobada  
 Medita sobre Dios, sobre la nada...  
 Y halla placer y gloria en meditar!

¡Salud, fulgente y peregrina aurora!  
 Yo te saludo absorto, entusiasmado,  
 Al ver tu albor divino y nacarado  
 Reverberando sobre el mar azul...  
 Porque tu vista aleja la amargura  
 Que de continuo el corazón devora.  
 ¡Salud mil veces, rutilante aurora!...  
 ¡No hay nada más hermoso que tu luz!...

¡Cuán bello, cuán delicioso

Es el claro resplandor  
 De la sonrosada aurora  
 Que precede al rojo sol!  
 El inspira al triste bardo,  
 Él inspira al ruisñor  
 Que en la olorosa enramada  
 Gorgea dulce canción,  
 Dulce como la sonrisa  
 De una hija del Ferrol.  
 Sí, de aquellas hermosuras  
 Que con su hechicera voz  
 Subyugan los corazones  
 Y los abrasan de amor,  
 Cual fascinan las sirenas  
 Con su canto seductor  
 Á los marinos intrépidos  
 En la azulada extensión:  
 Sí, aquellas de rostro pálido  
 Á la par que encantador,  
 De melancólica frente  
 Cual los ángeles de Dios,  
 De formas puras y bellas,  
 De mirar abrasador,  
 De talle esbelto y donoso  
 Como el talle de la flor  
 Que columpia débilmente  
 El susurrante aquilon...  
 Vírgenes encantadoras,  
 Bellas como el resplandor  
 De la nacarada aurora  
 Que precede al rojo sol.

¡Cuán grato es también y hermoso

Para el joven trovador  
 Pulsar su armónica lira  
 Desde elevado *penol*,  
 Sin ver más que el lato cielo  
 Del Sér Supremo mansion,  
 Y el Océano rugiente  
 Que se estrella con furor  
 Contra la cortante *proa*  
 Del bajel recio y veloz  
 Que á todo trapo navega  
 Cual rápida exhalación,  
 Alumbrado por la aurora  
 Que precede al rojo sol.  
 Mirad mil nubes fantásticas  
 De escarlata y arrebol,  
 Como surcan lentamente  
 Por la celeste región,  
 Embriagando los sentidos  
 De contento, con su albor,  
 Al alma de gozo y dicha,  
 De placer al corazón...  
 ¡Ah, no hay vista más sublime!  
 ¡Paisaje más seductor!  
 ¡Ni cuadro de más belleza  
 Ni de más ostentación,  
 Que ver desde el mar inmenso  
 El matinal esplendor  
 De la nacarada aurora  
 Que precede al rojo sol!

BENITO VICETTO Y PEREZ.

## Cuestión del Alabama.

MEMORANDUM DE INGLATERRA.

(Véase el N.º 999.)

La mejor manera de que nuestros lectores puedan apreciar la diferencia de interpretaciones que ha dado lugar al conflicto anglo-americano, es extraer las Memorias que los gabinetes de Washington y de Saint-James han sometido al tribunal de árbitros de Ginebra. Así lo hemos hecho ya con la primera, y esto es lo que vamos á hacer hoy con el *Memorandum* de Inglaterra, el cual, si bien no se ha publicado, es conocido en el mundo diplomático.

Comprende dicho documento una exposición de hechos que el gabinete inglés considera como esenciales en interés de una justa adjudicación á las reclamaciones de los Estados Unidos, y juntamente el enunciado de ciertas proposiciones generales en las que se propone fundarse, considerándolas de acuerdo con los principios del derecho de gentes y con los usos de las naciones. Divídese en las diez partes siguientes:

I. Exposición de materias sometidas al juicio de los árbitros, tales como las entiende el gobierno de S. M. británica.

II. Exposición preliminar de los acontecimientos que han acompañado y seguido el comienzo de la guerra civil en América, y de la conducta observada por la Gran Bretaña y por las otras potencias marítimas respecto á la guerra, especialmente en lo que concierne á la acogida dispensada en sus puertos y aguas á los buques de guerra beligerantes.

III. Exposición preliminar relativa á los derechos y deberes internacionales; poderes de que disponía el gobierno de S. M. británica para impedir los equipos ilegales; manera como ha ejercido esos poderes durante la guerra, y circunstancias que han acompañado su ejercicio.

IV. Consideraciones que los árbitros habrán de tener en cuenta al abordar el examen del asunto de los buques especificados en las cuatro partes siguientes.

V. Exposición de los hechos relativos á la *Florida*.

VI. Exposición de los hechos relativos al *Alabama*.

VII. Exposición de los hechos relativos á la *Georgia*.

VIII. Exposición de los hechos relativos al *Shenandoah*.

IX. Resumen de los hechos esenciales enunciados en las exposiciones precedentes.

X. Conclusión.

El apéndice ocupa cuatro volúmenes, y contiene las materias siguientes:

Volúmen I. Correspondencia relativa á la *Florida*, al *Alabama*, á la *Georgia* y al *Shenandoah*.

Vol. II. Correspondencia relativa á los buques *Sumter*, *Nashville*, *Georgiana*, *Pahnton*, *Southerner*, *Alexandra* y otros que dieron lugar á comunicaciones dirigidas por el gobierno de los Estados Unidos al de S. M. británica durante la guerra civil.

Vol. III. Documentos relativos al comienzo de la guerra civil; proclamas y reglamentos publicados por el gobierno de la Gran Bretaña y por los de otros países durante la guerra; leyes de neutralidad de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña; fallos dictados por la *ex-quer-court* británica y por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos; correspondencia cambiada entre el gobierno de los Estados Unidos y los gobiernos español y portugués respecto á los corsarios equipados en los puertos de España; informe de la comisión encargada de examinar el carácter, la aplicación y efectos de las leyes británicas destinadas al mantenimiento de la neutralidad.

A continuación traducimos la primera y la novena de las partes mencionadas, así como las conclusiones:

« *Exposición de las materias sometidas al juicio de los árbitros, tales como las entiende el gobierno de Su Majestad británica.*

El gobierno de S. M. británica, al abordar, para mejor inteligencia del Tribunal de arbitrajes, la exposición de los hechos y de los argumentos que parecen esenciales en interés de una justa adjudicación á las reclamaciones que debe presentar el gobierno de los Estados Unidos, experimenta la necesidad de hacer notar en primer lugar, que ninguna declaración definitiva y completa de esas reclamaciones, acompañada de las bases en las cuales se fundan, ha sido hecha por ese último gobierno.

La definición general de ellas resulta, sin embargo, de los términos en que está concebido el convenio de arbitraje consignado I-XI del tratado de Washington de 8 de mayo de 1871, y de la correspondencia anteriormente cambiada entre los dos gobiernos. Hé aquí la parte de ese tratado que se refiere de un modo especial al gobierno de S. M. británica:

Artículo I. Considerando que han surgido entre el gobierno de los Estados Unidos y el de S. M. británica disidencias que existen todavía, fundadas en actos cometidos por los buques respectivos que han dado lugar á las reclamaciones conocidas bajo la denominación genérica de *The Alabama Claims*; y considerando que S. M. británica ha autorizado á sus altos

comisarios y plenipotenciarios para expresar en espíritu amistoso el sentimiento que ha tenido el gobierno de S. M. por la evasión, cualesquiera que sean las circunstancias en que se ha producido, del *Alabama* ó de cualquier otro buque fuera de los puertos ingleses, y también por las depredaciones cometidas por los buques susodichos; en consecuencia, queriendo evitar y ajustar toda queja ó reclamación por parte de los Estados Unidos, y al propio tiempo asegurar el pronto arreglo de las reclamaciones de esa naturale-

za, que no son admitidas por el gobierno de S. M. británica, las altas partes contratantes han convenido en que dichas reclamaciones, promovidas por los actos cometidos por los susodichos buques, y conocidos bajo el nombre genérico de *The Alabama Claims*, se someterán á un tribunal compuesto de cinco árbitros, nombrados como sigue :

Art. II. Los árbitros se reunirán en la ciudad de Ginebra, en Suiza, á la mayor brevedad, despues de

su nombramiento, y se ocuparán, con toda imparcialidad y diligencia, en decidir todas las cuestiones que les sean sometidas de parte de los gobiernos respectivos de los Estados Unidos y de S. M. británica. Todas las cuestiones juzgadas por el tribunal, inclusa la adjudicación definitiva, se decidirán por la mayoría de todos los árbitros.

Art. VI. En la decisión de las materias á ellos sometidos, los árbitros se guiarán por las tres reglas si-



EL CONDE DE PARIS,

guientes, que las altas partes contratantes han convenido en aplicar especialmente á esta cuestión, y por los principios del derecho de gentes, que, sin estar en desacuerdo con esas reglas, sean reconocidos por los árbitros como aplicables en este caso.

REGLAS.

Un gobierno neutro está obligado :

1º A hacer las debidas diligencias para impedir el armamento de guerra ó el equipo en los límites en que se ejerza su jurisdicción, de todo buque del cual sospeche razonablemente que está destinado á hacer guerra ó cruceros contra una potencia con la que ese gobierno esté en paz; á hacer iguales diligencias para impedir la partida fuera de los límites de su jurisdicción de todo buque destinado á hacer guerra ó cruceros, como antes se dice, cuando ese buque haya sido especialmente adaptado, en todo ó en parte, y en los

límites de la repetida jurisdicción á los usos beligerantes;

2º A no consentir ni permitir que uno de los beligerantes haga uso de sus puertos ni de sus aguas como bases de operaciones navales contra el otro beligerante, ni para renovar ó aumentar sus provisiones militares y su armamento, ni para proporcionarse reclutas ;

3º A ejercer las debidas diligencias en sus puertos y en sus aguas, é impedir que ninguna persona some-



tida á su jurisdiccion viole las obligaciones y deberes precedentes.

S. M. británica ha encargado á sus altos comisarios y plenipotenciarios declaren que el gobierno de S. M. no podria otorgar su asentimiento á las reglas precedentes como exposicion de principios del derecho de gentes vigente en la época que surgieron las reclamaciones mencionadas en el art. 4º; pero para dar testimonio de su deseo de fortalecer las reclamaciones amistosas entre los dos paises y para tomar, respecto

al porvenir, precauciones suficientes, el gobierno de S. M. consiente en que, al decidir las cuestiones que nacen de esas reclamaciones entre los dos paises, los árbitros den por sentado que el gobierno de S. M. ha querido obrar de conformidad con los principios enunciados en esas reglas. Las altas partes contratantes se obligan á observar esas reglas en sus mútuas relaciones en lo porvenir, y á ponerlas en conocimiento de las otras potencias marítimas, invitándolas á adherirse á ellas,

Art. VII. El tribunal dará su decision, si es posible, en un plazo de tres meses despues que haya concluido el plazo contradictorio. Su decision estará escrita, fechada y firmada por todos los árbitros que hayan presentado su asentimiento. El tribunal empezará por determinar en el caso aislado de cada buque, si la Gran Bretaña, por accion ú omision, ha faltado al cumplimiento de alguno de los deberes enunciados en las tres reglas precedentes, ó reconocidos por los principios del derecho de gentes que no estén en des-



LA CONDESA DE PARIS.

acuerdo con esas reglas, y certificará el hecho para cada uno de los buques mencionados. Si decide que la Gran Bretaña ha faltado al cumplimiento de uno ó mas deberes, el tribunal podrá, segun estime conveniente, adjudicar una suma total que la Gran Bretaña deberá pagar á los Estados Unidos por todas las reclamaciones dirigidas al tribunal; y en este caso, la suma total así adjudicada será satisfecha en numerario por el gobierno de la Gran Bretaña al de los Estados Unidos en Washington y en el plazo de doce me-

ses, á partir de la fecha del juicio. . . . .  
Art. X. Si el tribunal decide que la Gran Bretaña ha faltado al cumplimiento de uno ó mas de los deberes arriba enunciados, y no adjudica una suma total; las altas partes contratantes convienen en nombrar un Consejo de asesores para investigar y determinar cuáles son las reclamaciones válidas y qué suma ó qué sumas deberá pagar Inglaterra á los Estados Unidos por la responsabilidad incurrida faltando á un deber en el caso especial de cada buque y segun la exten-

sion de esa responsabilidad, tal como la hayan fijado los árbitros. . . . .  
Art. XI. Las altas partes contratantes se obligan á considerar el resultado de los trabajos del tribunal de arbitraje y del Consejo de asesores, en el caso de que se instituyese este Consejo, como un arreglo pleno, absoluto y definitivo de todas las reclamaciones arriba mencionadas. Se obligan además á que cada una de las susodichas reclamaciones, ora haya sido ó no hecha, presentada ó formulada ante el tribunal ó ante

el consejo, sea considerada y tratada despues que terminen los trabajos del tribunal y del consejo como definitivamente regulada, anulada, y en lo sucesivo inadmisibles.»

La segunda de las *reglas* preinsertas la entiende el gobierno de S. M. como prohibitiva del uso de los puertos y aguas de la potencia neutral para renovar ó aumentar las provisiones militares ó el armamento, en el caso solamente de que esas provisiones y esas armas deban servir á un buque crucero ó destinado á la guerra contra uno ú otro de los beligerantes. El gobierno de S. M. no entiende esta regla como prohibitiva de la venta de armas ú otras provisiones militares que tenga lugar por las vías ordinarias del comercio, y no tiene ningun motivo para creer que el de los Estados Unidos la entiende de distinto modo.

Así las reclamaciones sometidas al tribunal de arbitraje son «reclamaciones nacidas de los actos de ciertos buques, respecto á los cuales pretende el gobierno de los Estados Unidos que el de la Gran Bretaña ha faltado al cumplimiento de un deber internacional.» Los *deberes* marcados en esta materia y en los cuales tiene que fijarse la atencion del tribunal son deberes que obligan á un «gobierno neutral» bajo este concepto. El tribunal tendrá que determinar en el caso aislado de cada buque, si ha habido ó no falta en la ejecucion de un deber por parte del gobierno de S. M. británica. Si decide que ha habido falta respecto á tal ó cual buque, el tribunal puede adoptar, segun su discrecion, una de dos alternativas.

Podrá, por una parte, adjudicar la suma en conjunto que los árbitros en toda justicia estimen que debe pagar la Gran Bretaña, á fin de dar satisfaccion plena y completa á las reclamaciones de los Estados Unidos «nacidas de los actos» de uno ó varios buques respecto al cual ó á los cuales no ha satisfecho un deber: ó bien, podrá contentarse, por otra parte, con fijar respecto á cualquiera y cada uno de los buques la medida ó la extension de la responsabilidad en que, razonando segun los principios generales, estimen que haya incurrido el gobierno de S. M. por haber faltado á un deber. En esta última alternativa, el cuidado de estatuir sobre la validez de las reclamaciones particulares «nacidas de los actos» de uno ó varios de los buques especificados, así como tambien el de fijar la suma ó sumas pecuniarias que deberá pagarse por cada concepto, segun la medida de la responsabilidad establecida por el tribunal, se confia á un Consejo de asesores, cuya constitucion está prevista en el artículo X.

Por lo tanto, el tribunal está llamado á decidir sobre esta cuestion. El gobierno de la Gran Bretaña ha faltado como potencia neutral al cumplimiento de una obligacion, sea de la clase que fuese, contraida con los Estados Unidos, y relativa á ciertos buques no designados por sus nombres.

Si su respuesta es afirmativa sobre este punto, el tribunal deberá en este caso formular un dictámen sobre la extension de la responsabilidad, si en responsabilidad ha incurrido por haber faltado al cumplimiento de un deber y deberá entonces señalar una cantidad dada para satisfacer á todas las reclamaciones justas, ó determinar en lo que respecta á cada buque en particular, para inteligencia de los asesores, los limites generales de esta responsabilidad.

Las reclamaciones presentadas al tribunal y de las cuales tendrá este que ocuparse para formular su decision, son las «emanadas de actos» cometidos por aquellos buques (si las hay) que estuviera probado se habia faltado con ellos al cumplimiento de un deber.

Los buques que motivan esta informacion no están (como ya se ha hecho notar) designados en el tratado por sus nombres; solo están indicados en él con referencia á un género especial de reclamaciones, á las cuales, segun se dice, han dado origen «sus actos.» Se ha supuesto, con arreglo al tratado, que estas reclamaciones han llegado á ser familiares á ambos gobiernos en el curso de la correspondencia entre ellos cambiada bajo la denominacion general de *The Alabama Claims*. Se ha creído además que forman una clase aparte bien conocida y fácil de separar de la masa de reclamaciones de origen mixto que emanan de otras fuentes y cuyo arreglo está garantizado por disposiciones diversas consignadas en los artículos 12 á 17 del tratado. El *Alabama* es un buque que salió del puerto de Liverpool en circunstancias que mas adelante se determinarán, y que fué empleado inmediatamente como crucero al servicio marítimo de los Estados confederados. Para el gobierno de S. M. británica esta expresion *The Alabama Claims* comprende y abraza todas las reclamaciones «nacidas» (por si es necesario recordar los términos precisos del tratado) de los actos cometidos por este buque y por otros que durante la guerra se pretende que han sido adquiridos, como el *Alabama*, en puertos ingleses, en circunstancias mas ó menos análogas y á las que son aplicables exclusivamente estas reclamaciones.

Los únicos buques cuyos actos han suscitado reclamaciones por parte del gobierno de los Estados Unidos contra el de S. M. británica, sea durante la guerra civil, sea en los seis años transcurridos desde que concluyó la guerra, son el *Alabama* y los buques anteriormente conocidos bajo los nombres de *Florida*, *Georgia* y *Shenandoah*. Es verdad que en una sola ocasion, desde el fin de la guerra, ó sea en un despacho fechado en 27 de agosto de 1866, despacho comunicado al gobierno de S. M. por el ministro de los Estados Unidos, se hizo mencion de un buque nombrado el

*Sumter*, como comprendido entre los que el gobierno de los Estados Unidos habia designado como causantes de sus reclamaciones contra la Gran Bretaña. Pero es evidente que, en realidad, ninguna reclamacion relativa al *Sumter* se hizo en la lista detallada contenida en este despacho y presentada entonces al gobierno de S. M. británica, y ni antes ni despues de esta época se produjo ninguna reclamacion de esta naturaleza. Además, el gobierno de S. M. británica desconoce el terreno en que semejantes reclamaciones podian hacerse con menos apariencias de razon. El gobierno de S. M. británica tiene, pues, fundamento para suponer que las reclamaciones sometidas al tribunal son reclamaciones «nacidas de actos» de los cuatro buques antes citados, de algunos ó de uno de estos buques.

(Se continuará.)

### Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 999).

— Y tiene derecho para serlo. No he conocido un hombre mas honrado en toda mi vida. No ha hecho mas que coger lo que ha sembrado... y es justo que sea feliz.

— No todos, dijo Eduardo despues de vacilar un momento, tienen la dicha de poder decir otro tanto.

— Y esos son mas numerosos de lo que creéis, repuso M. Haredale; como no prestamos tanta atencion en el tiempo de la siembra como en el de la cosecha, por eso os equivocais en lo que me concierne.

Su pálido rostro, sus miradas vagas y su expresion sombría habian ejercido tanta influencia en la reflexion que habia hecho Eduardo, que este no supo de pronto qué contestar.

— Vuestra alusion es fácil de adivinar, dijo M. Haredale, pero lo mismo da; os habeis equivocado. Tal vez me haya tocado mi parte de disgustos, pero no he sabido soportarlos como debia. He roto cuanto hubiera podido doblar, y he perdido en cavilaciones y en la soledad el tiempo que debí emplear en mezclar mi existencia con la de todas las criaturas de Dios. Los hombres que aprenden á tener paciencia son los que dan á todos sus semejantes el nombre de hermanos; pero yo he vuelto la espalda al mundo, y ahora sufro el castigo.

Eduardo iba á protestar, pero no le dió tiempo M. Haredale.

— Es ya tarde, continuó, para evitar las consecuencias. Pienso algunas veces que si hubiera de volver á principiar mi vida podria reparar esta falta... no precisamente tan solo por amor al bien, sino por mi propio interés. Retrocedo por instinto ante la idea de padecer otra vez lo que he padecido, y en esta circunstancia encuentro la triste seguridad de que seria siempre el mismo, aunque pudiese borrar lo pasado y principiar de nuevo tomando por guia el ensayo que he hecho.

— No, no os haceis justicia, dijo Eduardo.

— Lo creéis así, respondió M. Haredale, y me alegro, pero me conozco mejor que nadie, y en esto consiste que tenga en mi tan poca confianza. Mudemos de conversacion... aunque hablemos de cosas que tienen algun contacto con lo que estamos tratando. Caballero, amais á mi sobrina, y ella tambien os ama.

— Así me lo ha jurado, dijo Eduardo, y sabeis... estoy seguro de que no lo dudais... que no trocaria su juramento por todas las bendiciones que pluguiera al cielo enviarme.

— Sois un jóven franco, honrado y desinteresado, dijo M. Haredale. Esta conviccion está profundamente arraigada en mi mente enferma, y os creo. Esperad aquí un momento.

Al mismo tiempo salió de la sala y volvió algunos instantes despues con Emma.

— La primera y única vez, dijo mirando alternativamente á los dos jóvenes, que nos vimos juntos los tres bajo el techo del padre de mi sobrina, os intimé, Eduardo, que os alejárais y os prohibí que volviérais jamás.

— Es el único incidente de la historia de nuestro amor que he olvidado, repuso Eduardo.

— Llevais un apellido, dijo M. Haredale, que tengo sobradas razones para recordar. Estaba excitado, arastrado por recuerdos de agravios é injurias que me eran personales, lo sé y lo confieso; pero hasta en este momento me calumniaria si os dijera que entonces ó nunca haya cesado de hacer votos los mas ardientes desde el fondo de mi corazon por su felicidad, ó de que obrara en esto, reconozco por otra parte mi error, por otro impulso que el deseo puro, único y sincero de reemplazar junto á ella, en cuanto pudiera al menos, el padre que habia perdido.

— Querido tío, dijo Emma llorando, nunca conocí mas padre que vos. Mi padre y mi madre solo me dejaron para amar su memoria, pero á vos os he podido amar toda mi vida. No ha existido nunca un padre tan cariñoso para su hija como lo habeis sido para mí desde el primer momento de que puedo acordarme hasta el postrero.

— Me hablas con sobrada ternura, respondió, y sin embargo, no tengo valor para desear que me juzgues menos favorablemente. Es tal el placer que siento al oír esas palabras de tu boca, que las recordaré sin cesar cuando nos hayamos separado, y serán la dicha de toda mi vida. Tened un momento mas de paciencia, Eduardo; hemos pasado ella y yo muchos años juntos, y aunque sé muy bien que al entregarla en vuestras manos pongo el sello á su felicidad futura, conozco que necesito hacer un esfuerzo para resignarme.

La estrechó con ternura contra su corazon, y continuó despues de un minuto de silencio:

— Os he agraviado, caballero, y os pido perdón.... no creais que es una fórmula vulgar ni un pesar afectado, sino la expresion verdadera y sincera de mi pensamiento. Con la misma franqueza os confesaré á ambos que hubo un tiempo en que me hice cómplice por connivencia de una traicion cuyo objeto era separaros para siempre... porque si no hice un papel activo, dejé al menos hacerlo, me confieso culpable.

— Os juzgais con mucha severidad, dijo Eduardo. Alejad ese recuerdo.

— No, esa traicion se alza para condenarme; miro hácia atrás, y no es hoy la vez primera que la veo, respondió. No puedo separarme de vosotros sin alcanzar un completo perdón, porque no me resta mucho tiempo de vida comun en el mundo, y tengo ya bastantes pesares que llevarme á la soledad á que me he consagrado para aumentar su número.

— De nosotros no os llevareis mas que bendiciones, dijo su sobrina. No mezcleis nunca el recuerdo de vuestra Emma... que os debe tanto amor y respeto... con ningun otro sentimiento que no sea el de un afecto y una gratitud eterna por lo pasado y los votos mas fervientes por vuestra felicidad futura.

— El porvenir, dijo M. Haredale con sonrisa melancólica, es una palabra llena de ventura para vosotros, y su imágen se os debe aparecer adornada con una guirnalda de alegres esperanzas. Para mí es muy diferente. ¡Permita Dios que sea únicamente una época de paz exenta de cuidados y rencores! Cuando partais de Inglaterra, partiré tambien. Hay en el continente conventos, mi único asilo en el día en que quedan satisfechos los dos grandes deseos de mi vida. Esto os causa pesar, porque olvidais que voy haciéndome viejo y que muy pronto me hallaré en el término de mi existencia. Pero volveremos á hablar sobre esto mas de una vez, y te pediré, Emma, tus buenos consejos.

— ¿Para seguirlos? le dijo su sobrina.

— Al menos los escucharé, respondió abrazándola, y te prometo que los tomaré en consideracion. Veamos... ¿Nada mas tengo que deciros? Os habeis visto con frecuencia en estos últimos dias, y vale mas así, porque es mas conveniente dejar á un lado las circunstancias de lo pasado que habian causado vuestra separacion y sembrado entre nosotros la sospecha y la desconfianza.

— Sí, sí, vale mas, repitió en voz baja Emma.

— Confieso la parte que tomé en aquella época, dijo M. Haredale, al mismo tiempo que me acuso de ello, lo cual prueba que nunca debemos separarnos, por poco que sea, de la buena senda, de la senda del honor, bajo el especioso pretexto de que el fin justifica los medios. Cuando el fin que nos proponemos es bueno, es preciso conseguirlo con buenos medios, los que hacen lo contrario son malvados, y lo mejor es considerarlos como tales y no hacerse cómplices suyos.

Apartó los ojos de su sobrina para fijarlos en Eduardo, y le dijo con acento mas cariñoso:

— En la actualidad sois tan rico el uno como el otro. He sido para ella un mayordomo fiel, y á lo que le queda de los bienes en otro tiempo mas considerables de su padre, deseo añadir como prenda de mi afecto un pequeño caudal que no vale la pena de mencionarse y que no necesito. Me alegro que vayais á viajar por el extranjero. ¡Continúa convertida en ruinas nuestra casa! Cuando volvais despues de algunos años prósperos, mandareis edificar otra mejor y segun espero mas afortunada. ¿Quereis que hagamos las paces?

Eduardo tomó la mano que le alargaba Haredale y la estrechó cordialmente.

— No habeis vacilado en aceptar con ardor, dijo M. Haredale devolviéndole un apretón de manos afectuoso, y ahora que os conozco me digo cuando os miro que sois el hombre que hubiera querido elegirla por esposo. Su padre era de carácter generoso y le hubiésete gustado. Os la doy en su nombre, y os bendigo por él. Si el mundo y yo nos separamos, lo habremos hecho con mas armonía de lo que hemos vivido justos tantos años.

Puso á Emma en brazos de su esposo, é iba á salir del aposento cuando le detuvo en la puerta una lejana gritería que les hizo estremecer en silencio.

Era un tumulto atronador mezclado de aclamaciones frenéticas que desgarraban el aire.

Los clamores se aproximaban por momentos con tanta rapidez que con solo prestar oído estallaron con una confusion de voces estrepitosas en la esquina de la calle.

— Es preciso poner orden... apaciguar ese tumulto,

dijo M. Haredale con precipitación. Debíamos haberlo precavido. Voy á hacerles callar al momento.

Pero antes que hubiera salido de la puerta, antes que Eduardo tuviera tiempo de tomar el sombrero para seguirle, detuvo otra vez sus pasos un grito penetrante, pero que salía de lo alto de la escalera.

Al mismo tiempo la mujer del herrero se precipitó en el aposento, y corriendo á arrojarle en los brazos de M. Haredale, exclamó:

— ¡Lo sabe todo, caballero, lo sabe todo! La hemos preparado poco á poco y con infinitas precauciones, y puede ya recibirle.

Después de esta comunicación, acompañada de expresiones las más fervientes para dar gracias á Dios por este nuevo beneficio, la buena señora, fiel á la costumbre clásica de las matronas en todas las emociones vivas, se desmayó al momento.

Corrieron á la ventana, levantaron la celosía y echaron una mirada á la calle inundada por la multitud.

En medio de centenares de personas, entre las cuales no había una sola que estuviera un momento quieta, se veía en primer término la abultada y sonrosada cara del herrero, empujado de un lado á otro como si luchase con un mar agitado. Ora le hacían retroceder veinte pasos, ora le empujaban hasta la puerta; ya le arrebatava una nueva oleada, ya le estrechaban contra la pared de enfrente, ya en fin, le subían sobre un poyo adonde los brazos de cincuenta hombres le perseguían con sus saludos, en tanto que todos los demás se ponían roncós de tanto gritar y vitorear con el mayor tumulto. Aunque sin exageración estaba en peligro de verse despedido por el entusiasmo general, el herrero con la mayor tranquilidad respondía á sus vítores con toda la fuerza de sus pulmones, y en raptó de júbilo y de buen humor agitaba el sombrero con tal energía que llegó á pasar por fin la luz entre el forro y la juntura de las alas.

Pero en medio de aquella batahola, pasando de mano en mano, avanzando un paso, retrocediendo dos y cayendo al suelo, volvía á levantarse más jovial y radiante después de cada caída. La paz de su alma estaba tan poco afectada cual si hubiera volado como una pluma sobre la superficie del agua, y no se mantenía menos firme, sin soltar una sola vez un brazo que estrechaba el suyo; era el brazo de un amigo al cual se volvía de vez en cuando para darle una palmada en el hombro, para decirle al oído que tuviera ánimo ó para consolarle con una sonrisa; pero ante todo su cuidado constante era defenderle contra la solicitud indiscreta de la multitud y de abrirle paso para hacerle entrar en la *Llave de Oro*. Pasivo y tímido, despavorido, pálido, asombrado, mirando á la turba como si acabara de resucitar de entre los muertos y se considerara como un aparecido entre los vivos, Bernabé... no Bernabé en espíritu, sino de carne y hueso, con un pulso natural, con nervios, con músculos, con un corazón que latía con fuerza y con emociones violentas... se colgaba del brazo de su buen amigo, el robusto herrero, dejándose llevar como un niño.

Así llegaron por último á la puerta que manos complacientes tenían dispuesta por dentro para recibirles. Deslizándose entonces por la abertura y rechazando á viva fuerza á la turba de sus petulantes admiradores, Gabriel cerró la puerta y se encontró entre M. Haredale y Eduardo Chester, en tanto que Bernabé subía en cuatro saltos la escalera y caía de rodillas al pie del lecho de su madre.

— ¡Bendito sea el fin de la más feliz y más difícil empresa que hemos llevado á cabo en toda nuestra vida! dijo M. Haredale al herrero casi sin aliento. ¡Majaderos! Nos hemos visto en apuros para salir de entre sus manos. En verdad que, á pesar de sus demostraciones de amistad, he creído que no íbamos á escapar con vida.

Habían empleado todo el día anterior en hacer esfuerzos para arrancar á Bernabé de su triste destino. Habiéndose frustrado sus tentativas cerca de las primeras autoridades á que se habían presentado, las reiteraron por otro lado, y rechazados nuevamente, volvieron á trabajar hasta media noche, llegando por fin á hablar, no tan solo con el juez y con el jurado que le habían condenado, sino hasta con personajes influyentes de la corte, hasta con el joven príncipe de Gales, y penetrando hasta la antecámara del mismo monarca.

Lograron por fin despertar algún interés en su favor é inspirar deseos de examinar el caso con menos pasión, y tuvieron una entrevista con el ministro que estaba aun en la cama á las ocho de la mañana. El resultado de una información minuciosa, debida á sus gestiones y secundada por testimonios en su favor de un pobre joven á quien conocían desde su infancia, fué que entre las once y las doce del día el perdón absoluto de Bernabé Rudge estuvo extendido, firmado y entregado á un jinete para que lo llevase á escape al sitio de la ejecución.

El mensajero llegó al pie del cadalso en el momento en que se veía ya el carro fatal, y M. Haredale, después de cerciorarse de que había coronado el éxito sus esfuerzos, se dirigió desde Bloomsbury-Square á la *Llave de Oro* dejando á Gabriel la grata tarea de conducir á su casa en triunfo á Bernabé.

— No necesito decirlos, le hizo observar el herrero después de dar apretones de manos á todos los hombres de la casa y estrechar en sus brazos á todas las mujeres más de cuatro veces, que solo deseaba que el triunfo se celebrase entre nosotros, en familia; pero

apenas nos hemos visto en la calle cuando nos han reconocido y ha principiado entonces el tumulto. Si me dieran á elegir entre las dos cosas, añadió enjugándose la cara encendida como la grana, y después de probar una y otra, creo que preferiría verme arrebatado de mi casa por una turba de enemigos que traído y escoltado por una trailla de amigos.

Pero se veía que Gabriel no hablaba formalmente, y que por el contrario aquella marcha triunfal, aunque tumultuosa y llena de percances, le causaba un placer extremado, porque como continuase el pueblo moviendo escándalo y repitiendo con nueva fuerza sus aclamaciones como si acabara de tomar gargantas de refresco, capaces de durar al menos quince días, envió á buscar á Gripp al segundo piso, á Gripp que había venido en la espalda de su amo y había agradecido los favores de la multitud haciendo sangre á cada dedo que se acercaba al alcance de su pico.

Se puso entonces el cuervo en el brazo, se asomó á la ventana y agitó con fuerza el sombrero que acabó de romperse dejando un espacio de un dedo entre las alas y el resto, espacio unido tan solo por algunos hilos. Habiendo sido recibida esta demostración con merecidos vítores y restablecido en parte el silencio, les dió las gracias por sus simpatías, y tomándose la libertad de anunciarles que había un enfermo en la casa, les propuso tres vivas en favor del rey Jorge, otros tres en favor de Inglaterra y tres más en favor de cualquiera cosa para acabar. La multitud consintió, sustituyendo tan solo el nombre de Gabriel Varden en el viva de cualquiera cosa, y dándole uno más para que la medida fuese buena. Después se dispersó de buen humor.

Así terminó la ceremonia.

No es necesario describir las felicitaciones que mediaron entre los habitantes de la *Llave de Oro* cuando los dejaron en paz, el exceso de alegría y de dicha que sentían y la dificultad en que Bernabé en persona se encontraba de expresarla más que yendo de uno á otro como un loco, hasta que, habiéndose recobrado la calma, se tendió en el suelo á los pies de la cama de su madre donde quedó abismado en profundo sueño. Afortunadamente no es necesario describir todo esto, pues de lo contrario nos veríamos en un apuro.

Antes de separarnos de esta deliciosa escena, vendría dirigir una mirada á un cuadro más sombrío y de un género muy diferente que aquella noche tuvo un reducido número de espectadores.

Era en un cementerio, á media noche, y no había más personajes que Eduardo Chester, un sacerdote, un sepulturero y cuatro hombres que conducían un tosco féretro.

Estaban todos en pie en torno de una huesa recientemente abierta, y uno de los cuatro hombres llevaba en la mano una linterna sorda, única luz que alumbraba aquel sitio fúnebre para esparcir su débil resplandor en el libro del oficio de difuntos. La colocó un momento sobre el ataúd antes de bajarlo á la sepultura.

En la tapa de aquel ataúd no se veía inscripción alguna.

La tierra húmeda cayó con fúnebre ruido sobre la última morada de aquel hombre sin nombre, y el rumor de las palas dejó un triste eco hasta en el oído endurecido de los que le habían conducido á su último asilo.

La huesa quedó llena hasta la superficie, y después de allanar con el pie el montón de tierra que quedaba, todos se alejaron á un tiempo.

— ¿Nunca le visteis en vida? preguntó el sacerdote á Eduardo.

— Muchas veces, pero hace algunos años, y no sabía que fuera mi hermano.

— ¿Y desde entonces no volvisteis á verle?

— Nunca. Quise verle ayer, pero se negó obstinadamente á pesar de mis vivas instancias.

— ¿Se negó á recibirlos? Forzosamente tendría un corazón empedernido y desnaturalizado.

— ¿Lo creéis así?

— ¿No sois del mismo parecer?

— No, señor. Todos los días estamos oyendo decir al mundo que le asombran los que él llama monstruos de ingratitud. ¿No se diría que espera ver más bien en todas partes monstruos de afecto como si fuera la cosa más natural?

Llegaron á la puerta de la verja, se dieron las buenas noches y cada cual se volvió á su casa.

## LXXX.

Aquella misma tarde, después de dormir la siesta para descansar un momento, después de afeitarse, lavarse y adornarse de pies á cabeza, después de comer y regalarse con la pipa y con su Tobías, y después de una conversación familiar con la señora Varden sobre todo lo que acababa de suceder, sobre todo lo que pasaba y sobre todo lo que iba á pasar en la esfera de sus intereses domésticos, el herrero se sentó á la mesa del té en el comedor, presentando el aspecto del hombre más sano, más tranquilo, más alegre, más cordial y más satisfecho de toda Inglaterra, Escocia é Irlanda.

Estaba sentado en su silla de brazos con su mirada fija en su querida Marta, y su rostro respiraba alegría y su holgado chaleco parecía sonreír en cada pliegue. Os aseguro que su humor jovial brotaba por todos sus

poros y subía por debajo de la mesa á lo largo de sus gruesas pantorrillas, y que era un espectáculo propio para convertir en dulce crema de benévola satisfacción al mismo vinagre de la misantropía.

Estaba sentado siguiendo con la mirada á su esposa que adornaba el comedor con flores para obsequiar á Dorotea y á José Willet, que habían ido á pasear juntos y que la cafetera llamaba hacia más de veinte minutos con su canto más seductor cerca del fuego, haciendo con sus borbotones gorgoros que no hizo jamás cafetera alguna.

Se había desplegado también en obsequio de los novios sobre la mesa con toda su gloria el hermoso servicio de porcelana, pero de verdadera porcelana de la China con mandarines panzudos que llevaban largos quitasoles. Para tentar su apetito se había colocado en un lugar preferente un jamón sonrosado, transparente, sabroso, guarnecido de hojas de verde lechuga y de aromático cohombro y cubierto con una servilleta blanca como el ampo de la nieve, y para satisfacer su golosina se había cubierto profusamente la mesa de dulces, conservas, pastas de toda clase, frutas de sarten y otros artículos menudos de pastelería que se comen de un bocado, y les hacían compañía los panecillos revueltos con los panes de familia, blancos y morenos, con esos panes que eran el orgullo de la herrera, la cual estaba en pie, rejuvenecida, radiante de satisfacción, ostentando su vestido nuevo de flores moradas en fondo blanco.

(Se continuará.)

## República Argentina.

### LA CARNEADA.

Publicamos hoy dos nuevos dibujos que hemos recibido de la República Argentina, con los siguientes apuntes trazados por un testigo ocular de las escenas que representan:

En 18... en un viaje que hice yo á las provincias interiores de la República Argentina, tuve ocasión de asistir á la *Carneada de una res*. Hacía dos días que carecíamos de carne, viéndonos reducidos á las escasas provisiones de maíz tostado y de galleta con que se llenan las alforjas al emprender la marcha.

Llegados á un paraje abundante de agua y pasto, paramos cuarenta y ocho horas, tanto para que descansaran nuestras mulas, cuanto para buscar alguna res que nos surtiera de carne en la segunda parte de nuestra caminata.

Compramos una vaquillona, y una vez atada á un poste del corral, los peones afilaron su ancha cuchilla y se dispusieron al sacrificio.

Hé aquí cómo se hace la matanza:

Encienden hogueras y llevan la res á un sitio limpio y llano. Un peon la echa un lazo á las patas traseras y las estrecha bien, haciendo otro tanto con las delanteras, lo cual hace que caiga el animal soltando un bramido.

Dos hombres se sientan encima á fin de paralizar sus movimientos, y un lazo arrollado á las astas pasa á atarse á la cola, de modo que el pobre animal tiende el cuello sin poder moverse.

Ha llegado el instante del degüello y cada cual se encuentra impaciente por dar el primer golpe; pero este honor es para el patron ó para el capataz de la gente. Con efecto, armado de su cuchilla le arranca un pedazo de cuero en forma de ojal, y entonces comienza á saltar la sangre en medio de los gritos de alegría y de las burlas de los peones y de los bramidos de la res.

Pasa un cuarto de hora antes de que esté muerta; pero á todo esto sus ojos se empañan, sus labios y su lengua se ponen blancos, un estremecimiento recorre su cuerpo, y por último, un postrer bramido anuncia su fin.

Seguidamente se ocupan en desollarla y despézarla al resplandor de las cuatro hogueras que han encendido, operación que no es larga, porque los peones trabajan con ahínco.

Separados los cuartos, los cuelgan de un árbol á bastante altura para que no sean presa de los muchos perros hambrientos que andan vagando siempre por aquellos contornos.

El día de la matanza es un día de abundancia y de regocijo, pues todos los menudos, y generalmente todas aquellas partes de la res que no pueden guardarse y trasportarse, se comen allí; cada cual se despacha á hacer un asado para tener el gusto de comer el primer bocado, cuando apenas la carne ha visto la lumbre y está palpitante aun. Nada más repugnante que la glotonería de aquellos hombres; si bien es de advertir que hace tres ó cuatro días que apenas comen. Entierran bajo un montón de cenizas calientes, el corazón, la cabeza, el hígado, etc.; y al cabo de un rato los sacan á punto y constituyen una comida muy sabrosa.

La noche siguiente se pasa comiendo, habiendo convidado al festín á los campesinos de las inmediaciones; y con este refuerzo sucede que en la mañana del otro día no queda nada de los menudos, y si el patron no anduviera alerta, la res entera desaparecería.

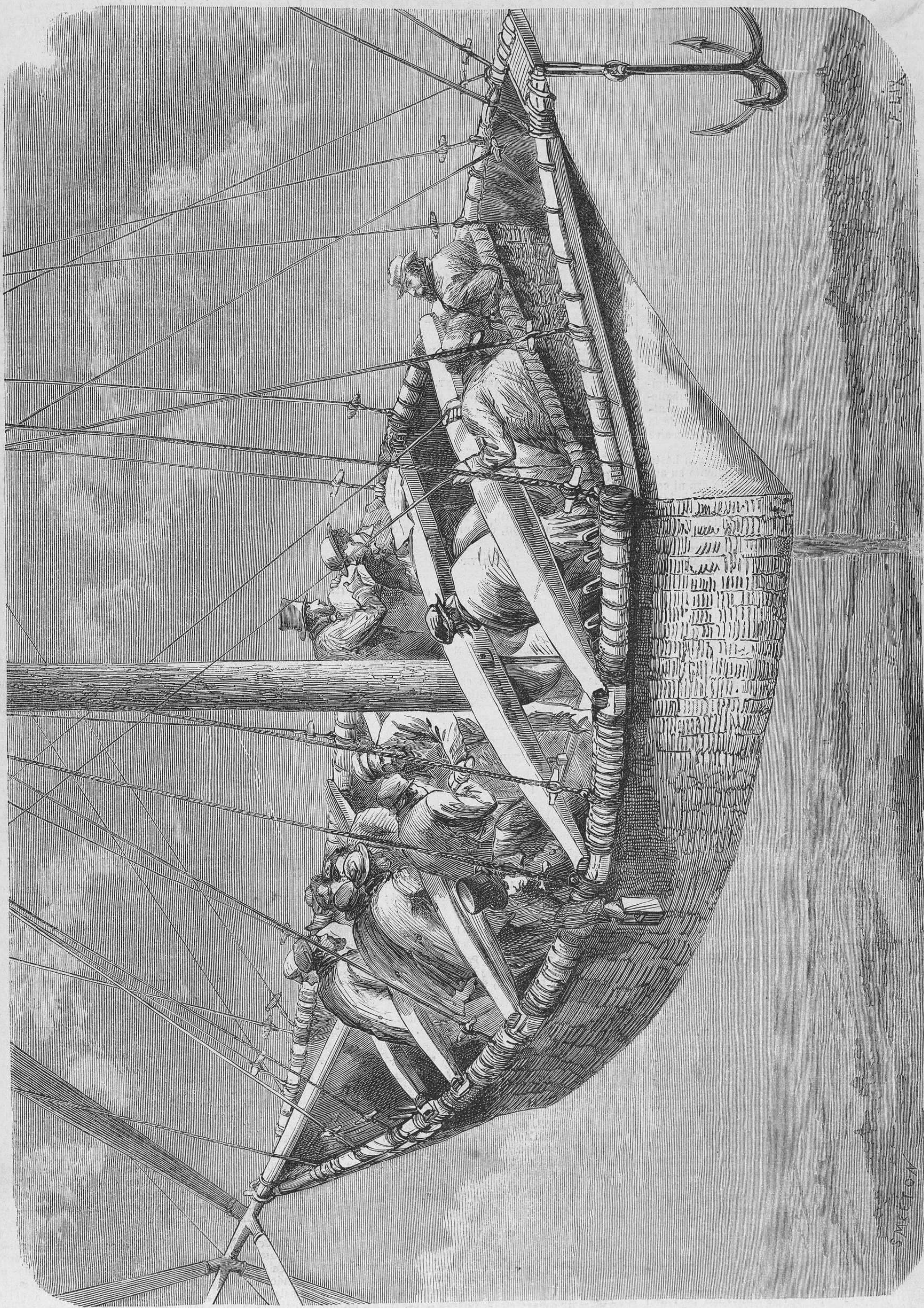
L.



REPÚBLICA ARGENTINA. — La Carneada de una res.



Un corral de ganado en las inmediaciones de Buenos Aires.



DIRECCION DE LOS GLOBOS. — La nacelle del globo de M. Dupuy de Lôme. — (Véase el N° 999.)

## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 999.)

Ha sido muchas veces la causa de la caída del gabinete. Es un hombre agradable, aunque algo amigo de darse importancia; de un genio dominante, pero con cierta suavidad aparente de carácter.

El otro personaje á quien está escuchando, es nuestro antiguo conocido el coronel Alban Vipont Morley, el amigo de Darrell, el tío de Jorge, hombre de importancia, de una importancia no inferior á la de su pariente Carr; una autoridad en los clubs, un oráculo de los salones, hombre del *beau monde* por excelencia. Alban Morley, hijo segundo, entró muy joven en los guardias; se retiró, siendo aun joven, con el grado de coronel, despues de haber heredado á una vieja tia, cuya herencia, unida al interés de la suma en que vendió su empleo, le producía una renta de 1,000 libras esterlinas al año, con la cual, á pesar de ser tan modesta, tenía lo suficiente para cubrir todas sus necesidades.

El coronel era un hombre perfecto, tenía bastante erudicion y sabía la mayor parte de las lenguas modernas; era aficionado á cuadros é inteligente en música. Sus gustos eran varoniles, era intrépido caballero, famoso cazador, y del escaso número de los gentlemen ingleses que cultivan aun el noble arte de la esgrima. Su rostro no era hermoso, pero tenía un aire distinguido: era delgado y tenía buen cuerpo.

Conociendo el gran mundo desde el corazon hasta la epidermis, y fundando en este conocimiento su autoridad y su posición, el coronel Morley no era ni calculador, ni astuto, ni receloso. Trataba con intimidad á los primeros personajes, era buscado; pero él no buscaba. No era un adulator ni un parásito.

Cuando se le pedía su opinión, aunque con ella fuera envuelta una censura, la daba con una franqueza enteramente militar. En una palabra, la reputacion merecida que gozaba en la sociedad, no podía menos de hacer de él un adorno y un apoyo para la casa de Vipont, y los tesoros desconocidos de inteligencia y sensibilidad que ocultaba en su corazon, justificaban suficientemente la conducta de M. Darrell confiando á sus cuidados y á los consejos de su experiencia á un joven como Lionel Haughton.

El coronel no tenía nada de aquel orgullo de familia que era una de las debilidades de M. Darrell; los árboles genealógicos no tenían por sí solos ningun valor á sus ojos. No; conocía demasiado bien el mundo para ignorar que la antigüedad de una familia y la dimension de una genealogía de nada le pueden servir al que no tiene algunos bienes de fortuna, ó algun mérito.

Pero era útil á este mismo que no tenía fortuna ni mérito pertenecer á la familia Vipont; era útil para él formar parte de una institucion británica; tener un derecho legitimo é imprescindible á participar en la administracion de un imperio sobre el cual (sirviéndonos de una frase nueva), no se pone nunca el sol. Puede uno no necesitar nada para sí mismo: el coronel y el marqués se encontraban en este caso; pero ¿ha de encerrarse el hombre en su egoismo y en su personalidad? El hombre tiene parientes; estos parientes pueden tener necesidad de algo.

— Sí, dijo Alban Morley, es cierto; mi sobrino ha recibido las órdenes: su defecto de pronunciacion, sin haber desaparecido completamente, ha dejado de ser un obstáculo para él. Ya no dudo de que Jorge llegue á ser algun día un eclesiástico muy distinguido.

M. CARR VIPONT.

Eso es muy conveniente. Nuestra familia carece de un distinguido eclesiástico. Solo tenemos algunos simples párrocos, lo cual es muy singular, porque la casa dispone de mas de cuarenta beneficios. Pero los Viponts rara vez manifiestan gustos por la Iglesia. Es necesario estimular á Jorge y hacerle adelantar. Quanto mas pienso en ello mas me convengo de la falta que nos hace un obispo. Un obispo nos seria útil en la crisis actual. (*Mirando en torno suyo y dulcificando su voz.*) ¿Qué numerosa reunion, Morley! Esta demostracion difundirá el terror en Downing-Street. La antigua casa aun se mantiene firme, nunca se ha visto una familia tan unida. Todos sus miembros están aquí, esto es, los que valen la pena de ser mencionados, todos, excepto sir James, al cual aborrece Montfort; y Jorge; pero Jorge llegará mañana.

EL CORONEL MORLEY.

Olvidais al mas eminente de todos nuestros parientes, el que infundiria realmente gran terror en Downing-Street, si su voz volviera á resonar.

CARR VIPONT.

¿De quién queréis hablar? ¡Ah, ya caigo! De Guy Darrell! Su mujer era Vipont, y él no está aquí. Pero hace mucho tiempo que no se comunica con nosotros. ¡Singular personaje! Y tenía una buena fortuna. ¿Qué hará de ella?

LA DUQUESA.

Mi querida lady Montfort, os habeis herido con la plegadera.

LADY MONTFORT.

No, esto no es nada. Pero callad, no interrumpamos á M. Carr Vipont.

La duquesa, por respeto á Carr Vipont bajó la voz y continuó su charla, pero cuchicheando.

CARR VIPONT, repitiendo sus últimas palabras.

Una muy buena fortuna. ¿Qué hará de ella?

EL CORONEL MORLEY.

No sé; pero yo he recibido una carta suya hace algunos meses.

CARR VIPONT.

¡Os ha escrito! Y nunca me lo habeis dicho.

EL CORONEL MORLEY.

¡Oh! Se trataba de un asunto que para vos no tiene ninguna importancia, mi querido Carr. Su único objeto era recomendarme un joven muy simpático, pariente suyo (no Vipont), Lionel Haughton, hijo del pobre Charlie Haughton, de quien tal vez os acordeis.

CARR VIPONT.

Sí, un famoso calavera, muerto en la miseria. Conque Darrell adopta al hijo de Charlie. ¿En qué concepto? ¿Como heredero?

EL CORONEL MORLEY.

En la carta que me ha escrito, Darrell satisface á esta pregunta negativamente.

CARR VIPONT.

¿Tiene Darrell algun pariente mas próximo?

EL CORONEL MORLEY.

No, al menos que yo sepa.

CARR VIPONT.

Tal vez escoja para su heredero á algun individuo de la familia de su mujer, algun Vipont; eso no me admiraria.

EL CORONEL MORLEY, *secamente.*

A mí sí me admiraria. ¿Pero, por qué no ha de volver á casarse? Yo siempre he pensado que pueda decidirse á eso y lo pienso todavía.

CARR VIPONT, *dirigiendo una mirada hácia el sitio donde está su hija Honoria.*

Bien, una mujer, haciendo una buena eleccion, podría devolverle á la sociedad y devolvérselos á nosotros mismos. Es muy sensible en verdad que esté suspenso el ejercicio de una inteligencia tan grande, que una voz tan elocuente se haya reducido al silencio. Teneis razon, en la crisis actual, con Guy Darrell, de nuevo en la Cámara de los comunes, tendríamos todo lo que necesitamos, un orador. ¡Cosa extraña! En la actualidad no tenemos oradores, ¡NOSOTROS, los Viponts!

EL CORONEL MORLEY.

¿Y vos?

CARR VIPONT.

Sois demasiado amable. Yo puedo hablar en ciertas ocasiones; pero no siempre. Me canso demasiado y no soy bastante joven para habituarme á eso. ¿Con que vos creéis que Darrell se volverá á casar? La última vez que le vi tenía un semblante agradable, aun no parecia viejo y estaba bien conservado. ¿Que no se

me haya ocurrido convidarle! ¡Montfort! (*Lord Montfort con uno ó dos amigos pasaba en aquel momento en direccion á una sala de billar cuya puerta estaba á un lado y no seguía la hilera de los demás salones.*) ¡Montfort! hasta ahora no me he acordado de que se nos ha olvidado convidar á Guy Darrell. ¿Tardará mucho en terminar nuestra reunion?

LORD MONTFORT, *con semblante sombrío.*

No me agrada que Guy Darrell sea convidado á mi casa.

Carr Vipont se quedó literalmente aturrido con una respuesta tan aventurada. ¡Oponerse lord Montfort á alguna idea de Carr Vipont! Era una cosa increíble.

— ¡No os agrada, mi querido Montfort! ¿Os chancceais? Guy Darrell es un hombre de un talento prodigioso y en esta crisis...

— Odio á las gentes de talento, dijo lord Montfort sin hacer caso de la voz acariciadora de Carr Vipont y alejándose con altanería.

— No os cause eso pesadumbre, mi querido Carr, dijo el coronel Morley. Darrell no está en Inglaterra; en este momento le creo en Verona.

El coronel empezó á recorrer el salon, y se detuvo cerca del grupo que se habia reunido alrededor del piano; poco despues lady Montfort, que habia podido evadirse de la duquesa, fué á mezclarse cortesmente con aquellos de sus convidados cuya alegría tenía atractivo para ella, y se encontró cerca del coronel Morley.

— ¿Quereis darme la revancha en el ajedrez? le dijo con encantadora sonrisa.

El coronel aceptó sumamente complacido, y mientras arreglaban las piezas, lady Montfort hizo con aire indiferente esta observacion:

— Antes me ha parecido oiros decir que habeis recibido hace poco tiempo una carta de M. Darrell. ¿Os ha dicho si su salud es buena y vive feliz? Recordareis que en mi infancia iba yo con frecuencia, con mucha frecuencia, á su casa con su hija. El ha sido siempre bondadoso conmigo.

Y al decir esto, la voz de lady Montfort denotó cierta alteracion.

— Me ha escrito sin hablarme de su persona, respondió el coronel, ni de su salud, ni de su estado moral. Pero segun lo que me ha dicho su joven primo, está bien, y parece maravillosamente joven para su edad. En cuanto á ser dichoso, no. Darrell y yo hicimos juntos nuestra entrada en el mundo; éramos amigos, tan amigos como pueden serlo un hombre tan atareado y tan eminente como él, y un individuo como yo, indolente por carácter y tan oscuro. Yo le conozco bien. El no puede ser dichoso, es imposible; ¡solo, sin hijos, retirado del mundo! ¡Pobre Darrell! Ahora está en el extranjero, se halla en Verona, el lugar mas triste de la tierra y que aun parece que lleva luto por Romeo y Julieta. A vos os toca jugar. Darrell me decia en su carta que pensaba ir á Grecia, y á Asia, y penetrar en el interior del Africa. ¡Concibe los proyectos mas extravagantes!... ¡Querido County Guy, como le llamábamos en Eton! ¡Qué carrera hubiera podido hacer! No hablemos mas de él; esa conversacion me pone triste. Como Goethe, evito por principio los asuntos penosos.

LADY MONTFORT.

No, no hablaremos mas de él. No, jaque á la reina. No, no hablaremos mas de él... no.

El juego prosiguió. El coronel no tenía que hacer mas que tres jugadas para dar jaque-mate á su adversario. Lady Montfort se detuvo, meditando al parecer una defensa tan desesperada como inútil. Olvidando entonces su resolucion, el coronel dijo á Lady Montfort:

— Respondedme por favor, mi querida prima; ¿por qué razon detesta Montfort á mi antiguo amigo Darrell?

— ¿Por qué? ¡Le detesta! Lo ignoro. He sido vencida otra vez, coronel Morley.

Lady Montfort se levantó, y mientras el coronel volvía á colocar las piezas en la caja, ella se inclinó con semblante pensativo sobre la mesa.

— ¿Ese joven primo, dijo, ¿no podría servir á M. Darrell de consuelo?

— Sería á la vez el consuelo y el orgullo de un padre; pero ¿cómo podría consolar á Darrell, él, un primo tan lejano? Darrell cuidará de su porvenir. Eso es todo. Ese joven tiene un semblante distinguido. Ha ido á Paris siguiendo mis consejos; tiene necesidad de adquirir las maneras y conocer la vida de la buena sociedad. A su vuelta hará su entrada en el mundo. Ya he inscrito su nombre en el club de White. ¿Me permitiréis que os le presente?

Lady Montfort vaciló, y despues de una pausa, respondió casi con aspereza:

— No.

En seguida se separó del coronel, que se encogió ligeramente de hombros, y se dirigió con paso rápido hácia la sala de billar. Allí habia algunas damas mirando á los jugadores. Lord Montfort daba yeso á la suela de su taco. Lady Montfort se dirigió á él; su tez estaba animada, sus labios temblaban de emocion. Colocó su mano sobre el hombro de su marido, con la atrevida familiaridad de una esposa... Parecía

que un movimiento de ternura le había impulsado á buscarle. Le preguntó con viveza y con voz cariñosa si estaba contento, y le llamó por su nombre de pila.

La fisonomía de lord Montfort, que antes solo tenía un carácter apático, adquirió entonces una expresión indefinible de disgusto.

— ¿Venís á aprender á jugar al billar? le dijo á media voz; y después, volviéndole la espalda, tiró y dió una errada.

— Me estorbais, lady Montfort, dijo entonces, y se marchó á otro extremo sin hablar más.

La fisonomía de lady Montfort se animó más y más. Dió algunas vueltas por la sala de billar, y volvió al salón, donde se mostró el resto de la noche más animada, más graciosa, más seductora que nunca. En el momento de retirarse con las señoras para acostarse, miró en torno suyo, distinguió al coronel Morley, y le tendió la mano diciendo:

— Vuestro sobrino viene aquí mañana, mi querido compañero de juego. Es imposible olvidar completamente á los antiguos amigos. Buenas noches.

## IX.

El día siguiente los caballeros estaban dispersos fuera de la casa; la mayor parte habían ido de caza.

Los que no cazaban, habían salido para visitar las yeguas y los caballos padres ó la granja modelo; las damas habían concluido su paseo. Las unas estaban en sus habitaciones, las otras en el salón de recepción haciendo labor, ó leyendo, ó escuchando una pieza de música. Honoria Carr Vipont estaba también esta vez en el piano. Habiendo salido del salón lady Montfort, lady Selina se había prestado á hacer en su lugar los honores de la casa.

Lady Selina estaba sentada y bordaba con una habilidad y un gusto extremado unas chinelas para su hijo mayor, que acababa de entrar en Oxford, habiendo dejado en Eton la reputación del discípulo más elegante en su modo de vestir, y bastante aventajado en el juego de la vilorta, célebre en aquella casa de educación. Es un error suponer que las grandes señoras no son á veces fieras madres y esposas cariñosas. Lady Selina, fuera del círculo de su familia, era vulgar, sin simpatías hacia sus semejantes, de corazón frío, orgullosa por temperamento, nunca amable más que por política, artificial como un reloj. Pero en el interior de su casa, para su marido y sus hijos lady Selina era una excelente mujer. Queriendo apasionadamente á Carr Vipont, exageraba su talento, le miraba como el primer personaje de Inglaterra, celosa de su honor y sus intereses, sabía consolarle en sus disgustos y velar á su cabecera en sus enfermedades. Siempre vigilante y prudente con sus hijas, tenía para sus hijos indulgencias y caricias.

Lady Selina bordaba, pues, las chinelas de su hijo ausente; su corazón estaba lleno de él en aquel momento. Describía su carácter y se extendía con complacencia sobre lo mucho que prometía ante dos ó tres oyentes, á quienes su calidad de miembros de la casa de Vipont interesaba el destino probable del heredero de los Carr Vipont.

— En suma, dijo lady Selina resumiendo, cuando Reinaldo sea mayor de edad, le haremos entrar en el Parlamento. Carr ha deplorado siempre no haber empezado desde muy joven su carrera política. Reinaldo lo hará así. Es muy necesario que los hombres políticos empiecen desde muy jóvenes. Eso hace á los hombres prácticos y les fortalece contra lo que dicen esos horribles periodistas. Esa fué la gran ventaja que tuvo Pitt. Reinaldo tiene ambición y hará carrera. ¡Qué lindo pié! ¡Qué pié tan pequeñito; es el pié de su padre!

— Si lord Montfort no tuviera familia, dijo á media voz y vacilando un Vipont algo lejano, un Vipont subalterno, en ese caso el título...

— No, querido mío, interrumpió lady Selina; el título no pasaría á nuestra rama. Triste es pensarlo, pero en este caso se extinguiría el marquesado. No hay otro heredero varón descendiente de Gelberto, el primer marqués. Carr dice que probablemente también sería cuestionable el condado. En cuanto á la baronía, está al abrigo de toda disputa; pasará con todas las propiedades de Irlanda y la mayor parte de las de Inglaterra, como ya sabeis, á sir James Vipont, el que menos la merece, la criatura más apática, más estúpida que puede imaginarse.

— ¿Y está aquí?

— No, lord Montfort no le quiere. Eso es natural. Ninguno quiere á su heredero, á menos que sea su mismo hijo, y hasta hay personas que solo aman á su hijo mayor. Eso es extraño, pero es así. Montfort es el hombre más bueno y más amable del mundo, excepto cuando toma aversión á alguien. Y hay dos ó tres personas á quienes detesta en extremo.

— Es cierto. ¿Y por qué odiaba tanto á aquella pobre Mrs. Lyndsay? dijo sonriéndose uno de los oyentes.

— ¿Mistress Lyndsay? ¡Sí, la madre de nuestra querida lady Montfort! No puedo expresar lo que lamentó su desgracia, aunque me disgustara con ella por lady Montfort. ¿De qué medios se valió para apoderarse de Montfort y darle á Carolina? Me es imposible concebirlo. ¿Cómo tuvo la audacia de pensar en semejante casamiento?

## PRIMER OYENTE.

Carolina es bastante bella para...

LADY SELINA, interrumpiéndole.

¡Belleza! sin duda. Nadie puede negársela. Pero ella no había nacido para esta posición. ¡Pobre Montfort! Hubiera debido casarse con otra clase de mujer, una mujer como su abuela, la última lady Montfort. Carolina no ha hecho nada por la casa, nada; y lo que es más lamentable, es que ni siquiera tiene un hijo.

## SEGUNDO OYENTE.

Mistress Lyndsay era muy pobre; ¿no es así? Carolina no habrá tenido ocasión de contraer los gustos y las costumbres que son necesarias para... para...

LADY SELINA, ayudando al oyente.

Para tal posición y tal fortuna, tenéis razón. Cuando se contrae una costumbre es difícil hacerse á otra; y es singular, yo he observado que les es menos fácil á las personas educadas en la pobreza acomodarse á una vida opulenta, que á las personas educadas en la riqueza acomodarse á una gran pobreza. Como dice Carr tan epigramáticamente: « Es más fácil bajarse que encaramarse. » Si, Mrs. Lyndsay era, como sabeis, hija de Seymour Vipont, que estuvo muchos años empleado, y cuyo sueldo constituía una bonita renta, pero que no tenía nada más. Se casó con uno de los Lyndsay de Escocia, de muy buena familia sin duda, pero que solo tenía una fortuna muy limitada. Cuando enviudó aun era joven, le quedó una hija, Carolina, y marchó á París con una corta viudedad. La difunta lady Montfort fué muy buena para ella y todos nosotros también. Todos la acogimos bien. Era una mujer hermosa, de buenas maneras, las del gran mundo; yo no amo más que á las personas que tienen esas maneras. Pero de pronto sobrevino un acontecimiento terrible. El heredero universal negó que Lyndsay tuviera el derecho de constituir viudedades sobre los bienes de Escocia. Era un pleito muy complicado; pero afortunadamente para Mrs. Lyndsay, la hija de Vipont Crooke, su prima y amiga íntima, se había casado con Darrell, el famoso Darrell que entonces ejercía su profesión de abogado. Es muy útil tener primas casadas con hombres de mérito. Darrell se interesó por ella y tomó á su cargo aquel negocio. Yo creo que no fué citada ante el tribunal en que Darrell gestionaba; pero él arregló todas las pruebas, examinó todos los documentos, gastó una cantidad considerable de dinero para poner el negocio en buen estado, y por último ganó la causa de Mrs. Lyndsay, aunque no fué su abogado. No faltaba quien decía que ella le estaba tan agradecida, que después de la muerte de su mujer, hubiera sido de buena gana Mrs. Darrell II. Pero Darrell estaba entonces completamente absorto en la política; era el hombre menos á propósito para enamorarse, y solo le inspiraban tedio las mujeres que llegaban á apasionarse por él, lo que les sucedió á muchas. Darrell era una gran figura, y en los salones hizo furor un año ó dos. De repente Mrs. Lyndsay marchó á París, y allí vió Montfort á Carolina, y se dejó enganchar. Mrs. Lyndsay creería sin duda vivir con su hija en la opulencia de los Montfort; pero el marqués es más fuerte de lo que se cree. No, no la perdonó jamás. Nunca se la invitó á que viniera aquí. Ella tomó la cosa á pecho, se fué á Roma y allí murió.

En este momento la puerta se abrió, y Jorge Morley, ahora el reverendo Jorge Morley, entró. Acababa de llegar para reunirse con sus parientes.

Entre estos unos le conocían y otros no. Lady Selina hacía un punto de honor en conocer á todos sus parientes, se levantó con gracia, dejó á un lado las chinelas, y presentó dos dedos á Jorge. Con gran sorpresa notó á su primo menos tímido que de costumbre, y le pareció ventajosamente variado. No se advertía en él cortedad, estaba alegre, animado. Era porque aquel personaje se encontraba entonces en el lugar que le correspondía, y se abandonaba con confianza á sus inclinaciones. Raras veces es tímido aquel que se ve en el puesto que le corresponde. Jorge preguntó dónde estaba lady Montfort. Estaba en su cuarto ocupada en escribir algunas cartas, de las cuales Carr Vipont la había rogado que se encargase de la correspondencia útil á la casa de Vipont. Pero á los pocos minutos, un criado entró á decir que lady Montfort tendría el mayor placer en ver á M. Morley. Jorge siguió al criado y entró en un retrete, sin pretensiones, adornado con sencillas colgaduras y modestos estantes para libros que no hubieran parecido demasiado lujosos en una cabaña.

## X.

¡Qué en armonía estaba el traje sencillo y la maravillosa belleza de Carolina; velada con una expresión de modestia con aquel aposento tan sencillamente amueblado! Allí se consideraba en su casa, como si

todos los goces del hogar doméstico los hubiera concentrado en aquel lugar.

Acababa de cerrar aquellas cartas importantes, y muy contenta por haber terminado tan ingrata tarea, se separó de la mesa, sobre la cual había escrito aquellas cartas ceremoniosas y de convención y se acercó á la ventana, que había dejado abierta á pesar que era entonces el rigor del invierno. Un pitirojo, el cual se había hecho muy amigo suyo, saltaba audazmente hasta el alcance su mano, y la miraba con ojos brillantes inclinando la cabeza con aire curioso. Cerca de la ventana había una silla y una mesita para escribir, sobre la cual estaba un libro abierto. El día, corto en aquella estación, tocaba á su fin; pero aun brillaba en el firmamento un bello resplandor; el aire exterior era frío, pero estaba en calma.

Aunque esperaba al pariente que acababa de llamar á su presencia, ya casi le había olvidado. Cuando entró, ella estaba en pie cerca de la ventana, absorta en tan profunda meditación, que se estremeció cuando la voz del joven hirió su oído y le vió en su presencia. Pronto se repuso. Y con un tono y un sentimiento en el cual se notaba algo más que su benevolencia ordinaria para con el sabio, le dijo:

— Me alegro mucho de veros y de felicitaros.

— Y yo tengo un placer en oír vuestras felicitaciones, respondió Jorge con voz dulce y lenta, y sin tartamudear.

— Pero, Jorge, ¿qué cambio! ¿cómo es eso? Preguntó lady Montfort. Acercad esa silla, sentaos aquí, y explicádmelo todo. Me escribisteis diciéndome que estáis curado, lo suficiente al menos para disipar vuestros escrúpulos; pero no me habeis dicho cómo. Vuestro tío me ha dicho que con paciencia y una práctica asidua.

— Sí, y con una buena dirección; pero os voy á confiar un secreto, si me prometéis guardarlo.

— ¡Oh! podeis fiaros de mí; no tengo amigas.

El joven eclesiástico se sonrió y contó las lecciones que había recibido del fabricante de banastas.

— He sido autorizado por él, dijo al terminar su narración, para confiaros el servicio que me ha prestado, la intimidad que se ha establecido entre nosotros, pero á nadie más que á vos, ni una palabra á vuestros convidados. En cuanto le veáis una vez comprenderéis por qué ese hombre excéntrico que ha conocido mejores días, quiere sustraerse á la impertinente curiosidad de ociosos parroquianos. Contento con su humilde oficio, solo pide libertad y tranquilidad.

— Eso lo comprendo yo, dijo lady Montfort medio suspirando, medio sonriendo. Pero mi curiosidad no le importará, y cuando visite la aldea pasaré de largo por su cabaña.

— Nada de eso, mi querida lady Montfort, eso sería negar el favor que os voy á pedir, y el cual es precisamente que vengais á visitar conmigo su cabaña. Eso le complacerá tanto...

— ¡A él! ¿Y por qué?

— En primer lugar, porque ese pobre hombre tiene consigo una niña, nieta suya, y desea que vos la veáis y os aficionéis á ella; y después, porque manifiesta un gran deseo de permanecer en su actual residencia. La cabaña pertenece á lord Montfort, y su administrador la ha alquilado al fabricante de banastas; dignaos interesaros por este último, para que nunca le echen de ella.

Lady Montfort bajó los ojos ruborizándose. Quizás pensaba interiormente cuán débil garantía sería su protección, la poca influencia de su recomendación; pero no manifestó su pensamiento. Jorge prosiguió é hizo un retrato tan elocuente y conmovedor del abuelo y la nieta, hizo comprender con tanto arte á su oyente el misterio que pesaba sobre su existencia, que lady Montfort, conmovida en extremo por aquella relación, prometió acompañarle en la primera ocasión, atravesando el parque hasta la cabaña del banastero. Pero cuando hay sesenta convidados en una casa es preciso esperar una ocasión para escapar, sin que adviertan nada. Y esta oportunidad se hizo esperar hasta que los huéspedes se fueron dispersando, y solo quedaron dos ó tres parientes de lady Montfort, que nada le molestaban, y uno ó dos primos de su marido, á los cuales retuvo milord para que le ayudaran á consumir la gran mortandad de faisanes y á jugar con él al billar en los intervalos monótonos que transcurrían entre la oración y la comida, y entre la comida y la hora de acostarse.

Un hermoso y sereno día de invierno, á eso de las doce, Jorge Morley y su bella prima salieron á pasear por el jardín, y pasando audazmente, en evidencia, por delante de aquellas implacables ventanas, llegaron hasta el extremo de los largos paseos enarenados, pasaron la plantación apartada, las profundas soledades del parque, costearon el gran estanque, entraron por una puertecilla en el interior de la empalizada y se encontraron de pronto en las mimbreras y el húmedo jardín, detrás del cual se elevaba la cabaña del fabricante de banastas.

Cuando penetraron en aquel pobre cercado llegó á sus oídos una risa infantil, argentina, melodiosa, alegre. Hacía mucho tiempo que la gran señora no había oído una risa como aquella. Era la risa natural y franca de un niño dichoso. Lady Montfort se detuvo y escuchó con extraño placer.

— ¡Oh! dijo en voz baja Jorge Morley, deteneos y callad, ahí están.

Waife estaba sentado sobre el tronco de un árbol.



M. Vaudoyer.

Los materiales para su trabajo yacían en tierra olvidados; Sofia estaba en pie delante de él, y él tenía el dedo levantado como para reprenderla, y se esforzaba por ponerse serio. Jorge y lady Montfort prestaron el oído. Waife se esforzaba en enseñar á la niña los elementos de la lengua francesa, y ella reía con toda su alma por las equivocaciones que cometía, y por la afectación de su dómine. Lady Montfort observó con gran sorpresa la extremada pureza de lenguaje y de acento con que se expresaba aquel singular banastero, y el perfecto conocimiento que parecía poseer de una lengua que el gentleman inglés mejor educado de aquella generacion y aun de esta, habla rara vez con corrección y elegancia. Pero su atención cambió inmediatamente del maestro al rostro de su graciosa discípula. Las mujeres pronto aprecian la belleza en su mismo sexo; y este don de apreciación, no es menos notable entre las mujeres que son también hermosas. Lady Montfort se sintió atraída de una manera irresistible hácia aquel rostro lleno de inocencia, iluminado de tan viva alegría y tan dulce á la vez. En aquel momento, sir Isaac, que hasta entonces había estado oculto, al notar los movimientos de un arbusto se levantó ladrando. Waife se puso de pie. Sofia echó á correr. Los visitantes se aproximaron.

Dejemos caer aquí el telón lentamente por grados. En la franca libertad de nuestra narración trascurrirán algunos años antes de que se levante de nuevo. Acontecimientos que pueden influir en la vida de una persona datan frecuentemente de los momentos más serenos, de cosas tan vulgares y tan triviales en la apariencia como la visita de la gran señora á la cabaña del fabricante de banastas. ¿En cuál de estas existencias podrá ejercer influencia en el porvenir esta visita? ¿En la de la mujer? ¿En la de la niña? ¿ó en la del vagabundo? ¿En cuál de las tres? Es probable que lo que pase en este momento ayude poco á las conjeturas. Algunas preguntas sueltas, algunas respuestas reservadas, una mirada ó dos, una ó dos sílabas armoniosas cambiadas entre la dama y la niña, una banasta comprada, una promesa de volver, nada en una palabra que valga la pena de que se hable de ello.

Pero mientras se baja el telón como de mala gana, examinemos el lugar de la escena. Ved la rústica cabaña; la puerta del jardín está abierta, y abiertas también las antiguas celosías. En el interior las paredes están blanqueadas de cal, el mueblaje no tiene pretensiones; pero ved cuán limpio está todo, qué bien cuidado, cómo denota todo una pobreza dichosa de su condición, ¡cuánto dista de la repugnante miseria! Todo está nuevo, las enredaderas se enlazaban hace poco tiempo alrededor de la puerta de entrada: ahora el tronco de noche-buena con sus frutos encarnados oculta las vidrieras. Aquí hay una colmena, allí á la puerta de la cabaña, en su parte exterior está colgada una jaula de mimbre y dentro de ella un estornino. En último término (el resto de la aldea próxima queda oculto á la vista) la torre de la iglesia se eleva en ese cielo de invierno, claro y azul. Todo tiene un aspecto de calma, todo respira tranquilidad. A vuestro lado está el hogar doméstico, esa cosa inefable que os abriga, que os ama, que en medio de la soledad murmura á vuestro oído: «No, tú no estás solo;» el hogar doméstico que la gran señora no encuentra en el palacio que acaba de abandonar. ¿Y qué hace esa misma gran señora en este momento? Se ha sentado en el tronco grosero y nudoso de donde acaba de levantarse el vagabundo; ha atraído á Sofia hácia sí, ha cogido la mano de la niña; unas veces ha-

bla, otras escucha, y sobre su semblante brilla la expresión de la bondad y hasta la de la dicha.

Tal vez es dichosa en este momento. ¿Y Waife? Ha vuelto su rostro curtido, mientras su mano tiembla con ansiedad sobre el brazo del joven, el cual le dice en voz baja:

— ¿Estais contento de mí?

Y Waife responde en voz igualmente baja, pero con palabras entrecortadas:

— ¡Que Dios os recompense! ¡Oh, alegría! ¡Si mi niña hubiera encontrado al fin una amiga, una protectora!

El pobre vagabundo tiene ahora una morada tranquila, y medios de vivir módicos, pero regulares. Mas aun: acaba de alcanzar un objeto que anhelaba con pasión.

Su vida pasada ¡ay! ¿qué ha hecho de ella? Su vida presente, aun-

que solo sea un fragmento roto, goza ahora de tranquilidad.

(Se continuará.)

### Los arquitectos Duban y Vaudoyer,

MIEMBROS DEL INSTITUTO DE FRANCIA.

El día en que nos preparábamos á tributar un merecido homenaje á la memoria de Duban con motivo de la exposición de los magníficos dibujos de este artista en la Escuela de Bellas Artes, la muerte ha sorprendido á M. Vaudoyer, su mejor amigo, encargado de aquella exposición, así como también de erigirle una tumba, en cuya obra debían ayudarle M. Duc y M. Labrouste.

Reunidos durante su existencia artística por una constante armonía en las ideas que han renovado la escuela francesa de arquitectura, los reuniremos nosotros en el homenaje que merecen después de su muerte. Juntos rompieron el antiguo molde académico donde se dormía la escuela del primer imperio. Habiendo estudiado profundamente los antiguos mo-

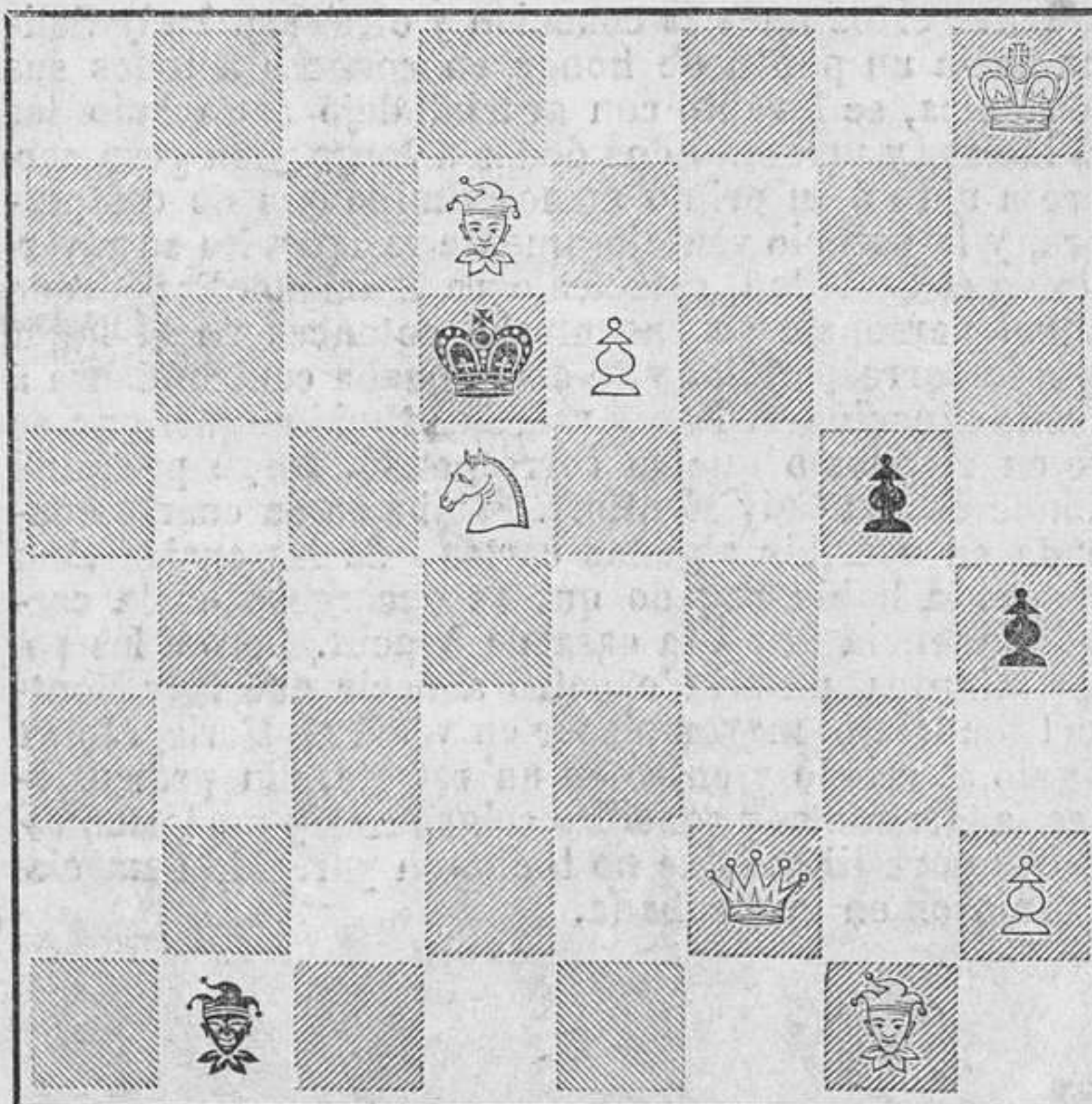
### Problemas de ajedrez.

Solución del número 353.

1. R<sup>a</sup> 6<sup>a</sup> C jaque R toma R<sup>a</sup>
2. A 4<sup>a</sup> R<sup>a</sup> jaque R 4<sup>a</sup> T
3. A 6<sup>a</sup> C jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 354, POR M. R. ORMOND.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.



M. Duban.

numentos de Italia, encontraron allí un fecundo manantial que ha aprovechado la generacion presente.

Duban se aplicó principalmente al arte decorativo de Roma y de Pompeya. Sus dibujos son perfectos en punto á carácter, finura de ejecución y delicadeza de colorido. Habiéndole confiado la instalación de la Escuela de Bellas Artes en los desmantelados edificios del antiguo convento de Petits-Augustins, supo á fuerza de ingenio desempeñar su tarea, que hacía muy difícil la necesidad de conservar la mayor parte de las construcciones. El duque de Luynes, el inteligente y magnífico protector de los artistas, encargó á Duban la restauración del castillo de Dampierre; y diríase que ha sabido trasportar aquí una sala del palacio de los Césares para colocar la Minerva de oro y marfil en la que Simart nos da una idea de lo que podía ser en el Partenon la estatua de Fidias.

En este mismo palacio agregó un ornato regio á la preciosa estatua de plata de Luis XIII, una obra maestra poco conocida de Rude.

Pero la obra capital de Duban es la restauración del castillo de Blois, hoy terminada y que merece un examen imposible en los límites de este artículo.

Nombrado en 1840 arquitecto del Louvre, reconstruyó una parte de la galería de Apolo que se hundía, y adornó con dos soberbias bóvedas el salón de la escuela francesa y el gran salón cuadrado. Sus dibujos y sus grandes obras le valieron en 1853 la gran medalla de honor con Ingres y Delacroix.

VAUDOYER.

Hoy se ha olvidado en Francia el entusiasmo con que se organizó en 1824 la suscripción nacional para dotar á la familia del general Foy y elevarle un monumento por concurso. Un joven alumno de la Escuela de Bellas Artes ganó el premio, al mismo tiempo que el Instituto le enviaba á Roma con sus amigos Duban y Duc, el arquitecto del Palacio de Justicia.

A su regreso de Roma en 1832 abrió un estudio, del que han salido artistas de talento, como Davioud, arquitecto de los teatros del Chatelet; Renaud, á quien se debe la estación del ferro-carril de Orleans; Esperandieu, á quien el municipio de Marsella ha confiado la construcción de Nuestra Señora de la Guarda y de los museos y del Chateau-d'Eau. Este último es quien le ayudaba en la construcción de la catedral de Marsella que le encargaron en 1846 y no pudo terminar. Hoy que se elevan bajo el hermoso cielo de la Provenza las grandes cúpulas que coronan ese inmenso edificio de grandes cimientos alternados de mármoles de colores, puede uno formarse idea de lo que será el monumento, cuando se ostente sin sus andamios.

Antes de la catedral de Marsella fué nombrado arquitecto del conservatorio de Artes y Oficios, lo que fué ocasión de que demostrara su talento bajo aspectos diversos. Restaurar la iglesia de los siglos XII y XIII, convertir en biblioteca el antiguo refectorio, agrupar en torno de esos antiguos restos galerías de exposición, laboratorios y anfiteatros, preparar una especie de Louvre industrial para nuestra época positiva, tal fué su objeto.

El monumento no está terminado aun; pero es de esperar que se concluirá con arreglo á sus planos, y que su hijo, joven arquitecto de talento, podrá un día continuar esas obras, pues Vaudoyer ha muerto harto pronto para el arte francés. Su fallecimiento ocurrió de repente en medio de sus colegas durante el examen de un proyecto de arquitectura, el 10 de febrero. Había nacido en 1803.

R. S.